

«Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?»»

*Ejercicios de los universitarios
de Comunión y Liberación
Rimini, diciembre de 2010*

INTRODUCCIÓN – JULIÁN CARRÓN
10 de diciembre, noche

Cada uno de nosotros ha llegado aquí consciente de su propia incapacidad para alcanzar la plenitud que todos deseamos. Por eso, cuando uno se reconoce así de necesitado, mendigo, lo que más corresponde es pedir, rogar: no hay nada que sintamos más correspondiente cuando la vida nos urge. ¿A quién pedimos? Pedimos a aquella energía más potente que la nuestra – capaz de cambiarnos la vida – que llamamos Espíritu Santo: que invada todo nuestro ser, toda nuestra vida, de manera que podamos conocer por experiencia qué clase de cumplimiento puede hacernos alcanzar.

Desciende Santo Espíritu

¡Sed todos bienvenidos! Saludo de manera especial – además de a nuestro amigo Wael, que ha venido desde Egipto por la petición que le hicimos de dar un testimonio de lo que le ha llamado la atención, qué ha visto en nosotros para haber movilizado a tanta gente y hacer lo que han hecho en El Cairo' – a aquéllos que han venido desde otros países: desde Bélgica, Francia, Irlanda, Holanda, Portugal, España, Suiza e incluso desde Uganda.

¿Qué nos ha movido a venir aquí sino la misma esperanza que Él suscitó en nosotros? Ninguna otra cosa habría podido poner en movimiento nuestra vida, llevarnos a hacer el esfuerzo de llegar hasta aquí, salvo algo que, al menos como inicio, como albor, se ha despertado en nosotros por aquello que hemos visto y hemos vivido como experiencia, o por aquello que hemos vislumbrado en otros; tanto que, ante el cansancio de vivir, comenzamos a entrever que el otro tiene algo que no sabemos todavía descifrar, pero en lo que vislumbramos una esperanza para nosotros.

Por eso os doy la bienvenida a cada uno de vosotros, pidiéndoos que seáis leales con aquello que se ha movido en cada uno, porque es necesario, ya

desde el inicio, esta primera lealtad para poder darle espacio a Él, y ver cumplirse la promesa, la esperanza que Él ha suscitado.

Por eso la palabra que define el comienzo de un gesto como el nuestro es esta espera, despertada en nosotros por aquello que vimos en otro. Y para poder verificar si Él es capaz de cumplir esa promesa, no es necesario censurar nada, no es necesario eliminar el cansancio o las dificultades con las que nos encontramos en la vida, porque todos llegamos aquí con la vida que apremia dentro de nosotros, como escribe una de vosotros: «Hay días en los que todo parece poco interesante y en los que todo es irritante, incluso para mí que soy una persona inquieta, es decir, poco dispuesta a estar en lo que tengo que estar. Quería contarte que en estas últimas semanas surge en mí, a veces casi de manera violenta, la exigencia de encontrar una presencia que esté viva, que sea real. Todo me parece pesado o decepcionante, hasta las relaciones más desinteresadas, y puedo esconderme de todo esto durante días, pensar que la tristeza y la pesadez que experimento son casuales, del momento, o acallarme con pensamientos tales como: “Hoy es así, mañana será diferente”. Al final no me hacen vivir. En esos momentos me urgen el deseo y la melancolía de aquellos momentos concretos de mi historia en los cuales la vida no era en absoluto casual, es decir, en los que he percibido que era amada, que podía ser yo misma, y por tanto podía moverme dentro de la realidad con una personalidad (no como un fantasma más o menos afable, simpático o encantador). Para mí, encontrar a Cristo coincide con empezar a tener esperanza. Últimamente comprendo que el punto, me atrevería a decir, más decisivo para mí, es quién es Cristo. Pero, ¿qué es Aquello que no se marchita como las hojas en otoño, que no se corrompe como un hombre que muere, que desafía el tiempo, que además se hace cada vez más bello con el tiempo, que resiste y me hace resistir de esta manera? Comprendo que necesito vivir algo que me haga vivir, de lo contrario todo, incluso mi novio, incluso los amigos más queridos, al final me hartan y me dejan un sabor amargo».

Hace falta una lealtad así con la propia experiencia para comenzar a clarificar la vida, porque la vida te apremia en las cosas cotidianas. Como cuando se muere el padre y una persona se encuentra con una enfermedad grave a edad temprana: «Son dos hechos que te impactan, trágicos y contrarios al deseo de felicidad que siempre me ha constituido. De pronto me encontré desarmada y despojada de todas mis ideas magníficas. Y digo “magníficas” porque hasta que uno no tiene que enfrentarse con la vida, vive haciendo castillos en el aire. Pero esta desnudez se ha revelado como el instrumento más verdadero y más grande que me une a Aquél que me da la vida instante tras instante. Nunca he experimentado de manera tan fuerte y arrolladora este

deseo de vida, que se manifiesta cotidianamente con la ausencia de mi padre y con la necesidad de ponerme cuatro inyecciones al día. Cuando nos hacemos plenamente conscientes de nuestra fragilidad, de nuestra impotencia frente a nuestros límites, entonces es más fácil descubrir que sólo Cristo puede responder a nuestro deseo de vida abrazándonos con o sin la enfermedad. Sentirse necesitados de Él: es por eso por lo que vale la pena vivir, porque nos incita continuamente a preguntar de Quién somos, por Quién vivimos y a través de Quién somos constantemente creados».

Y una amiga, frente al tema de nuestros Ejercicios, muestra todo su malestar: «Debo decir que el título de los Ejercicios me ha producido cierto malestar: “Y vosotros, ¿quién decís que soy Yo?”. Esta pregunta – lo digo con total franqueza, sin ocultar mi vergüenza – al principio me pareció obvia: es obvio que Cristo es la razón por la que me levanto por la mañana, por la que participo activamente en la vida de la universidad, por la que soy representante de los estudiantes, formo parte del coro, voy a los encuentros, estudio, estoy con los amigos o con mi novio. ¿Qué necesidad hay de responder? Se trata de una pregunta incómoda, a la que doy una respuesta obvia: Cristo es el sentido de mi vida. El verdadero problema es que una pregunta como ésta nunca me la había planteado. Me impresiona cómo has logrado dar en el clavo, o mejor dicho, sacarme de la niebla en la que vivo dicha pregunta. Para mí habría sido mucho más sencillo si nos hubieras propuesto un título sobre el corazón o sobre la razón; habría podido divagar; pero una pregunta como esa, a bocajarro, me ha puesto en una difícil situación, sobre todo porque es Cristo mismo quien me lo pregunta. Desde que murió Marta su testimonio se me clavó como una espina, pequeña pero fastidiosa: “Yo soy Tú que me haces”; ella vivía de esta conciencia y de esta relación, y era feliz. Recientemente me he dado cuenta de que estoy verdaderamente determinada, no por mi encuentro con el movimiento y con el carisma de don Giussani, como yo pensaba, sino por aquello que el mundo piensa. Lo que me determina es, por tanto, ser o no ser capaz, incluso en C.L., tener éxito, decir la palabra justa, ser – en resumidas cuentas – como el poder quiere que yo sea: una vida basada en la nada de mis pensamientos y una queja continua por mi constante flaqueza. Te doy las gracias porque ha bastado el título de los Ejercicios para abrir de nuevo todo el drama de mi vida».

Venimos aquí sin tener que esconder ninguna herida, como nos cuenta también otra persona: «Quiero llevar allí mi herida, dejarla abierta, dejar que el hecho de que yo sea necesidad total se convierta en un juicio que me permita tener siempre abiertos de par en par los ojos y el corazón».

Cada uno puede reconocer la modalidad con la que la vida le urge en su interior; durante estos días queremos sumergirnos en Su presencia para poder responder de manera adecuada a esta pregunta.

«Por lo tanto, ya que estamos rodeados de un verdadero torrente de testigos, despojémonos de todo lo que nos estorba y del pecado que siempre nos asedia, y corramos con perseverancia la carrera que nos toca, con los ojos en el que inició y completa nuestra fe: Jesús»². Nosotros podemos mirarlo todo porque estamos rodeados de ese torrente de testigos; recientemente se nos han concedido dos en particular.

Uno es nuestra Marta, de quien antes se ha hecho mención, nuestra amiga fallecida hace unos meses, que – como todos leímos en el diálogo que tuvo con su padre – estaba determinada por el hecho de ser objeto del amor infinito de Uno que nos ha amado. Y le invitaba: «¡Mira, mira lo que tienes! ¡Vive! Mira la realidad entera, no hacen falta tantos razonamientos, mira, es como cuando haces una *piadina*, tienes la masa en tus manos. Para ser feliz es necesario amarle a Él más que a nada, sobre cada cosa, y esto te hace amarle todo más intensamente. Yo amo todo, toda mi vida». Y sabemos bien cuándo dijo estas cosas: no cuando estaba bien, sino casi al final, ¡cuando la enfermedad estaba ganando! No se dicen estas cosas por decir... «El amigo es como el objetivo de una cámara de fotos, enfoca, es decir, te ayuda a mirar hacia donde está la verdad, pero toda la relación es tuya y punto; tuya con Él, de nadie más, tuya y punto. Eres tú el que grita, eres tú el que pide: ¡Ámame!». ¡Cómo deseáramos todos nosotros estar con todo nuestro ser frente a la pregunta: «Y vosotros, ¿quién decís que soy Yo?» partiendo de la experiencia y no sólo por haberlo escuchado!

O nuestra amiga Manuela, de los *Memores Domini*, que trabajaba para el Papa; su muerte ha sido la ocasión para que Benedicto XVI nos pudiese decir dónde estaba la consistencia de aquella testigo: «Me conforta mucho pensar en las palabras que dan el nombre a su comunidad: *Memores Domini*. Meditando sobre estas palabras y su significado, encuentro un sentido de paz, porque ellas nos remiten a una relación tan profunda que es más fuerte que la muerte. *Memores Domini* quiere decir: “Que recuerdan al Señor”, es decir, personas que viven en la memoria de Dios y de Jesús, y en esta memoria cotidiana, colmada de fe y de amor, encuentran el sentido de todo, de los pequeños actos y de las grandes elecciones, del trabajo, del estudio, de la fraternidad. La memoria del Señor colma el corazón de una alegría profunda, como dice un antiguo himno de la Iglesia: “*Jesu dulcis memoria, dans vera cordis gaudia*” [Jesús, dulce memoria, que das al corazón la alegría verdadera]. Por eso me da paz pensar que Manuela es una *Memor Domini*, una persona que

vive en la memoria del Señor. La relación con Él es más profunda que el abismo de la muerte. Es un vínculo que nada ni nadie puede romper, como dice san Pablo: “[Nada] podrá separarnos del amor de Dios manifestado en Cristo Jesús, nuestro Señor” (*Rm* 8,39). Sí, si nosotros nos acordamos del Señor, es porque Él, antes, se acuerda de nosotros. Nosotros somos *memores Domini* porque Él es *Memor nostri*, y se acuerda de nosotros con el amor de un Padre, de un Hermano, de un Amigo, también en el momento de la muerte. Aunque a veces pueda parecer que en ese momento esté ausente, que se olvida de nosotros, en realidad Él siempre nos tiene presentes, pues estamos en su corazón. Cuando caemos, caemos siempre en sus manos. Incluso donde nadie puede acompañarnos, nos espera Dios: nuestra Vida»³.

En compañía de estos testigos podemos mirar todo sin censurar nada, ni siquiera la muerte. ¿Y qué tenemos que hacer, por tanto, salvo tener fija la mirada en Jesús? «Ésta es la conversión: volverse (en latín se dice precisamente *converti*) para “estar atentos a” algo o a alguien por quien nos hemos sentido interpelados. Volverse, como Zaqueo, y sumergirse en su presencia. O como el centurión que, teniendo un criado enfermo, lo había mandado llamar para que lo salvara. Y, sabiendo que Jesús estaba a punto de llegar, había enviado a sus criados a su encuentro para decirle: “Señor, no te molestes, no soy digno de que entres bajo mi techo; por eso no me consideré digno de ir a verte personalmente, pero di sólo una palabra y mi siervo quedará curado. Porque yo no soy más que un oficial subalterno, pero tengo soldados a mis órdenes; y digo a uno: Ve, y va; y al otro: Ven, y viene; y a mi siervo: Haz esto, y lo hace. Al oír Jesús esto, se quedó admirado” (cfr. *Lc* 7,1-10). Cuando el centurión vio a Jesús; cuando la samaritana se sintió mirada y descrita en todo; cuando la adúltera oyó que le decía: “Ni siquiera yo te condeno, vete y no peques más”; cuando Juan y Andrés vieron aquel rostro mirarles y hablarles, sucedió que se sumergieron en su presencia. Abismarse en la presencia de Cristo que nos da su justicia, mirarlo: ésta es la conversión que nos cambia de raíz; es decir: que nos perdona. Basta mirarlo, basta volver a pensar en Él, y somos perdonados»⁴.

Zaqueo, la mujer adúltera, el centurión: cada uno con su propia necesidad, cuando se sumergieron en Su presencia, en Su abrazo, en Su mirada, la vida comenzó a agitarse de nuevo. Estamos aquí, amigos, para poder participar de la novedad que Él ha hecho presente en la historia, para dejarnos impactar por su Presencia, para dejarnos abrazar, para dejarnos mirar; porque no son nuestros pensamientos o nuestros sentimientos los que nos cambian, sino sumergirnos en esa Presencia que no creamos nosotros, que no podemos generar nosotros, toparnos con algo diferente que nos ha abrazado a todos. Pidamos dejarnos invadir por esta Presencia: que Él haga que cada uno de

nosotros esté dispuesto a dejar la abertura sin la cual Él no puede entrar, porque no quiere forzar la libertad de ninguno. Sólo si nos dejamos invadir por esta Presencia, podemos responder seriamente a la pregunta: «Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?».

Por eso en estos días reclamémosnos una cosa sencilla, pero decisiva, que es el silencio. Para explicar lo que es el silencio parto siempre de la experiencia que todos hemos tenido en algún momento de la vida. ¿Os ha pasado alguna vez encontraros frente a algo que os ha dejado sin palabras? El silencio nace así, no como una orden («¡Hay que callarse!»); es la sorpresa por algo que es tan imponente que me deja sin palabras, como Juan y Andrés. Como cuando miras a tu novia y estás allí, mudo, ante el espectáculo de aquella ternura llena de afecto. El silencio cristiano nace de una Presencia, de estar delante de Uno que te sorprende de tal modo que nos deja sin palabras. Por eso el silencio no es un vacío angustioso, del cual huimos en cuanto podemos porque no podemos soportarlo. Nuestro silencio es diferente, es un silencio que nace de Su Presencia, es un silencio pleno, es un silencio del que no podemos prescindir si no queremos perdernos la intensidad de ese momento, es el espacio dado a este Tú cuando aparece en la vida y domina. Lo que domina el silencio es un Tú; y si no Le doy espacio, el Tú desaparece: sin el silencio no existe el Tú; si tú no tienes necesidad de hacer silencio es porque no has encontrado ningún Tú. No se trata de un problema organizativo o moralista o un propósito; es para no perder la relación con este Tú. Y qué sacrificio hace falta para dejarse determinar completamente por esta Presencia, para no quedarnos en la apariencia superficial por la que uno apenas un instante después ya se ha distraído... El silencio y el sacrificio son como el test para verificar si nos ha sucedido algo por lo cual vale la pena darlo todo. ¡Ayudémonos, amigos! Demostrémosnos nuestra amistad estos días, es decir, que tendamos de verdad al bien del otro, a la felicidad del otro, testimoniándonos recíprocamente esta tensión a Su presencia.

LECCIÓN – JULIÁN CARRÓN
11 de diciembre, mañana

1. El contexto histórico: un desafío y una ocasión

«Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?». Vivimos nuestra fe dentro de la historia y no podemos ignorar el contexto en que tenemos que vivirla, porque es dentro de dicho contexto donde podemos ver qué novedad introduce, de tal modo que a esta pregunta podamos dar una respuesta llena de razones, de hechos, de signos.

Estamos en una situación de tribulación, de dificultad, de crisis, como nos ha dicho el cardenal Angelo Bagnasco estamos parados «mientras el país parece atónito y mira desorientado»⁵. Es como si esta situación nos encontrase desarmados. Por sorpresa el informe para 2010 del Censis (que – como sabéis – es un instituto de investigación socio-económica) ha identificado la naturaleza de la crisis como una disminución del deseo, que se manifiesta en todos los aspectos de la vida: tenemos menos ganas de construir, de crecer, de buscar la felicidad, y este hecho sería el responsable de las «evidentes manifestaciones de fragilidad, ya sea personal o de grupo, comportamientos y actitudes desubicadas, indiferentes, cínicas, pasivamente adaptables, prisioneras de las influencias mediáticas, condenadas al presente sin profundidad de memoria y de futuro»⁶.

¿Cómo es posible que habiendo alcanzado objetivos tan importantes en el pasado nos encontremos ante una sociedad tan marcada por el vacío (que nos afecta a todos)? Todo esto nos muestra que la crisis, sí, es social, económica, política; pero es sobre todo antropológica, porque afecta a la concepción misma de la persona, de la naturaleza de su deseo y de su relación con la realidad. Como decíamos en el manifiesto titulado «Las fuerzas que cambian la historia son las mismas que cambian el corazón del hombre», nos habíamos hecho ilusiones con que el deseo se mantendría vivo por sí solo o que sería incluso más vivo una vez alcanzado el bienestar deseado. La experiencia nos muestra, por el contrario, que el deseo puede aplastarse – lo sabéis bien ya a vuestra edad – si no encuentra un objeto a la altura de sus exigencias, y así, nos encontramos de nuevo desesperados y hartos de tantas cosas.

«En el aniquilamiento del deseo tiene su origen el extravío de los jóvenes y el cinismo de los adultos»⁷: de este modo hablaba don Giusanni – ¡hace veintitrés años! –, en 1987, en Assago. Y luego – con la famosa imagen de Chernóbyl – nos había explicado que, como tras una explosión atómica, todo puede parecer igual en el “organismo”, pero éste sufre un aniquilamiento del deseo, una incapacidad para adherirse, una falta de energía. Ahora, después

de muchos años, lo dicen las investigaciones sociológicas, y por eso el Censis da de nuevo en el blanco cuando identifica la verdadera urgencia de este momento histórico: volver a desear, porque ésta es la «virtud civil necesaria para reactivar una sociedad demasiado apagada y aplanada»⁸.

Pero la cuestión es: ¿quién y qué es lo que puede despertar de nuevo el deseo? Éste es el problema cultural de nuestra época, y todos aquéllos que quieren tomarse en serio el deseo que tenemos, deben medirse con esta urgencia. Asociaciones, partidos, profesores: todos estamos frente a la misma cuestión y ya no será suficiente una respuesta sociológica e ideológica, puesto que hemos visto el fracaso de todos los proyectos, de hecho no han sido capaces de mantener despierto el deseo. Estamos obligados a testimoniar una experiencia capaz de mantenerlo vivo, y también la Iglesia deberá mostrar si su pretensión de tener algo más que ofrecer al hombre puede despertar de nuevo a la persona; deberá mostrar que Cristo está presente de tal manera que es capaz de despertar de nuevo nuestra persona, y por tanto, todo el deseo, hasta el punto de no hacerla depender totalmente de la coyuntura histórica.

En esta situación vivimos nuestra fe, que es el instrumento para volver a desear. Pero, ¿cómo? Decía don Giussani hace años: «Sin el reconocimiento del Misterio presente la noche avanza, la confusión va hacia adelante y – como tal, a nivel de la libertad – la rebelión avanza, o la desilusión colma de tal modo la medida que es como si ya no se esperase nada y viviéramos sin desear ya nada, excepto la satisfacción furtiva o la respuesta furtiva a una breve exigencia»⁹. Todos nuestros intentos no son suficientes para mantener despierta nuestra espera, todo nuestro deseo: la única posibilidad es el reconocimiento del Misterio presente, es decir, reconocer aquello que nos ha sucedido como algo tan real que vuelva a despertarnos continuamente, pues nosotros somos incapaces de darnos la energía para volver a comenzar constantemente.

A nosotros, que lo hemos vislumbrado y encontrado, ¿qué nos impide reconocer el Misterio presente? Aquí vemos el influjo del contexto cultural en el que vivimos, como dijimos en la Jornada de Inicio de curso citando al Papa, que nos reclama constantemente: vivimos en un contexto en el que domina el relativismo. Querrían hacernos creer que cuando el Papa afirma que el relativismo «amenaza con minar la base misma de nuestra sociedad»¹⁰ se trata de elucubraciones suyas. Pero luego, al contrario, ¡la realidad prueba que tiene razón!

El relativismo consiste en la disminución de la capacidad del hombre de conocer la verdad, de encontrar en ella la libertad definitiva y el cumplimiento de las aspiraciones humanas más profundas. Pero nosotros hemos sido cre-

ados para conocer la verdad, para el cumplimiento de nuestro ser, para la felicidad; sin embargo es como si, al decaer esta capacidad nuestra, no lográsemos adherirnos, y así estamos a merced del sentimentalismo difundido, que es la otra cara de lo que Benedicto XVI denomina “relativismo”. El vacío de conocimiento somete la vida a la dictadura de los sentimientos, y la incertidumbre entrega las riendas de la existencia a los estados de ánimo. Todos sabemos en qué se transforma la vida cuando la dirigen únicamente los sentimientos. La consecuencia la sufrimos todos: una inestabilidad generalizada, una fluctuación absoluta, una grave fragilidad. Esta manera de vivir no es verdadera, es una mentira, todos vemos la insuficiencia de esta actitud ante la vida, y lo podemos reconocer de muchas maneras. Sobre todo nos damos cuenta que deseamos siempre otra cosa, y esto quiere decir que estamos hechos para la verdad y que somos capaces de reconocer cuándo la encontramos y cuándo no la encontramos – ¡a diferencia del relativismo! –; tenemos un detector, el corazón, que nos hace capaces de decir: este modo de vivir me cumple, me ayuda a hacer un camino, en cambio el otro modo me confunde cada vez más, estoy a merced de mis estados de ánimo, como una hoja al viento.

¿Por qué es interesante mirar dicho contexto? Porque este clima cultural incide mucho más de lo que creemos en el modo de vivir incluso la fe, es decir, lo más decisivo que nos ha sucedido en la vida. No pensemos que esta situación no nos afecta a nosotros que hemos encontrado a Cristo. Vosotros lo demostráis en las muchas contribuciones que me habéis enviado como preparación para estos días en Rimini. Hemos dicho siempre en estos últimos años que la fe es un método de conocimiento que nos permite alcanzar la certeza; pero vemos que nos cuesta vivir la fe así, vemos la tribulación que continuamente debemos afrontar para vivirla como conocimiento, y en cambio cuántas veces vence un modo de vivirla que verdaderamente tiene poco de conocimiento.

Y esto se ve por distintos signos. Por ejemplo, si no logro conocer verdaderamente, si la fe no es verdadero conocimiento, vuelvo a mis imágenes; prevalecen mis imágenes por encima del verdadero conocimiento. Me escribe uno de vosotros: «He visto a Otro en acción, sin embargo me parece que sigue faltando algo, porque sucede que a la larga, con el transcurso del tiempo, me olvido de lo que he visto y mis preocupaciones vuelven a ser el centro de mi jornada, y nada más. Así pasan días enteros sin que piense en Él como Juan y Andrés pensaban en Él; haciendo lo contrario de lo yo mismo algunas veces he experimentado al tratarlo como alguien presente, como un compañero real, de carne y hueso. Me parece que el problema reside más en el hecho de que muchísimas veces sustituyo la presencia de Otro por mi novia, mi madre,

mi padre, los amigos, mis imágenes, mis expectativas, mis ideas, mis esquemas. No es que no lo haya conocido, sino que muy a menudo me sucede que aquello que he conocido comienzo a moldearlo según mis esquemas. He vuelto a encontrar en “¿Se puede vivir así?” este pasaje [está en la asamblea sobre la esperanza]: “También los apóstoles esperaban algo distinto, esperaban que Jesús trajera por fin el reino de Israel, un reinado del pueblo hebreo que iba a dominar el mundo, y ser ellos ministros de ese mundo; sin embargo, aunque tuvieran la misma mentalidad que todos y las mismas imágenes, había en ellos un apego a Jesús que era más fuerte que esas imágenes y al que permanecieron fieles. Tanto es así que, cuando Jesús resucitado fue a su encuentro por primera vez, ellos dijeron: “Maestro, entonces, ¿es ahora cuando vas a restablecer el reino de Israel?”. ¿Como si no hubiese muerto, como si no hubiera pasado nada! Reprodujeron la mentalidad que tenían todos los hebreos. Jesús responde con calma: “No es así. El momento de esos acontecimientos sólo lo conoce el Padre”. Y ellos son tan niños frente a Jesús que dejan sus preguntas, no se quedan aferrados a la pretensión de que Él responda tal como ellos se imaginan, sino que están más profundamente apegados a Él que a sus propias opiniones, actuando con mayor sencillez”. Ésta es la lucha. Este volverse como niños lo comprendo en parte, pero siento la urgencia de que esto se convierta cada vez más en un modo de estar, una actitud, porque de lo contrario incluso el contenido de la palabra ‘Cristo’ es sólo una idea mía. Si Cristo es una idea mía, entonces prevalece cualquier imagen de cumplimiento, como en todos. Decidí venir a estudiar a la ciudad porque creía que era necesario un poco del prestigio académico e intelectual del que goza la ciudad; en realidad me movía un deseo de poder, mi aspiración era tener todo bajo control y mirar a todos desde arriba. Al llegar a esta ciudad me encontré con algunos de los nuestros. ¿Qué me sucedió? Me conmuevo como un niño al darme cuenta de cómo eso me salvó de mis imágenes. Había cedido. Toda una vida para construir una imagen, una coraza que me ayudase a afrontar la vida».

Si no sucede otra cosa, prevalece la imagen del prestigio o la búsqueda de una plenitud en la relación afectiva, como me cuenta otra persona: «Después del terremoto que golpeó mi tierra he estado comprometida durante un año y medio con un chico. Al principio todo iba bien; pensaba: “Al fin y al cabo, ¿qué más puede desear una chica de veintidós años? Una relación tranquila cuya máxima expresión corresponde al sentimiento, a la diversión, a la satisfacción de esto o de aquello”. La soledad que experimentaba después de todo lo que había pasado me llevaba a pensar que aquella relación era la solución a todos mis problemas. Hace un año y medio pensaba que todo mi deseo podía concretarse en aquella relación que parecía ser la respuesta a todo. Un

golpe colosal: todas mis expectativas se vinieron abajo. Me preguntaba cómo podía ser posible: me amaba, no es que no me tratara bien, me colmaba de atenciones, teníamos caracteres compatibles, pero la cosa no funcionaba, no bastaba, no era feliz porque la manera normal de vivir la relación en el fondo no me satisfacía. ¿Dónde estaba el error? Me di miles de respuestas: quizá pido demasiado, me tengo que conformar, soy yo la que está equivocada... Pero la cosa iba cada vez peor. Vivía la intimidad con él de la manera normal en una relación entre dos jóvenes, pero, en cambio, al percibir que aquél era el momento para coronar la relación sentía que le quería menos. Nació en mí un deseo grande de querer al otro, pero me daba cuenta de que no era capaz, así que deseaba comprender lo que quería decir amar de verdad. Miraba a algunos de mis amigos del movimiento y deseaba una relación como la suya, pero no bastaba con desearlo, porque estaba convencida de que todo tenía que ser fruto de mi capacidad, de tener la suerte de encontrar a uno que me correspondiese en todo. ¿Y dónde residía mi trabajo? Me di cuenta de lo que significaba hacer un sacrificio. Sacrificar la reacción inmediata era algo que me hería de manera increíble porque no soy capaz, sin embargo esto es lo que deseo». Uno puede no lograr hacerlo, pero no puede evitar desearlo.

Como veis, si la fe no es un verdadero conocimiento, prevalecen las imágenes. ¿Por qué? Porque estamos hechos para el cumplimiento, para la felicidad, y no podemos evitar, si no la encontramos, imaginarla de una u otra manera, buscarla a tientas.

Otras veces, lo que prevalece es el sentimentalismo; y vemos cómo se introduce una lucha entre el deseo de conocimiento y el sentimiento. Escuchad lo que nos dice este otro amigo nuestro: «Necesito que la relación con Él sea cada vez más una relación de conocimiento para poder vivir cada instante con la certeza de que Él está y de que yo soy relación con Él. Ayer por la noche leí el mensaje que el Papa ha enviado para el funeral de Manuela, en el que afirma: “Sí, si nosotros nos acordamos del Señor, es porque Él, antes, se acuerda de nosotros. Nosotros somos *Memores Domini* porque Él es *Memor nostri*, y se acuerda de nosotros con el amor de un Padre, de un Hermano, de un Amigo, también en el momento de la muerte. Aunque a veces pueda parecer que en ese momento esté ausente, que se olvida de nosotros, en realidad Él siempre nos tiene presentes, pues estamos en su corazón. Cuando caemos, caemos siempre en sus manos”. Deseo esta autoconciencia que el Papa incansablemente nos testimonia, que tú continuamente me testimonia, porque veo que sólo hay dos posibilidades: o me determina el hecho de que soy Suyo, o continuamente soy esclavo del sentimiento que experimento en el instante, poniendo todas mis esperanzas de liberación en una forma previamente esta-

blecida por mí, negando así la experiencia que he vivido en estos meses. Estas últimas dos semanas he vivido una lucha continua entre estas dos posiciones, hasta que he cedido a la experiencia vivida».

El influjo del contexto se ve en el hecho de que, tal vez, la concepción que en el fondo tenemos es que el acontecimiento sucede intermitentemente: ayer sí, hoy no. Pero en su raíz se esconde el predominio del sentimiento: ayer yo sentía, por tanto estaba; hoy no lo siento, por consiguiente – digámoslo así, como si fuera de una evidencia solar: ¡por consiguiente! – no está. Vivimos en el relativismo, a merced de las emociones, todo depende de lo que sentimos, como si el cristianismo no hablara de una Presencia real, independiente de nosotros, sino de algo que nuestro sentimiento hace que exista.

Por eso, una señal ulterior es que muchas veces pensamos que la fe depende de lo que hacemos nosotros, como si tuviéramos que sostenerla nosotros, al igual que Atlas sujetaba el mundo. Pensamos: «Es necesario creer», como si fuera un esfuerzo titánico y fuéramos incapaces de reconocer lo que tenemos delante, lo que nos da certeza y, por tanto, nos hace descansar. Cuando conocemos algo con certeza no se trata de que debamos mantenerlo nosotros: existe y punto. Pero si no lo conozco, es como si fuera yo quien lo hace existir porque lo afirmo, como si se tratase de mi capacidad creativa, y esto nos cansa, nos agota, y llegado a un punto, desistimos.

Todo esto nos muestra cómo el contexto en el cual vivimos incide en aquello que nos ha sucedido, en el modo de vivir la fe, aparentemente vacilante, que no permite que la vida se cumpla. Por eso inmediatamente surge la pregunta de san Pablo: «¿Quién me librará de este cuerpo de muerte?»¹¹. Y volvemos a las palabras que hemos dicho en las Laudes: «Sión dijo: el Señor me ha abandonado, el Señor me ha olvidado». ¿Cómo puede una madre olvidarse de su hijo, no conmoverse por el hijo de sus entrañas? Pues aunque ella se olvide, yo jamás te olvidaré. Te llevo grabada en la palma de mi mano, tus muros están siempre ante mí»¹².

Entonces la crisis, la tribulación en la que nos encontramos, son la ocasión para reconocer la verdad de estas palabras. No en otro lugar, no en otra situación, no hay que volver los ojos a un período histórico más tranquilo: es aquí, ahora, donde podemos recorrer un camino de conocimiento que nos permita alcanzar una certeza que pueda verdaderamente construir la vida.

¿Entonces, cómo salir de esta situación descrita? No sólo con una doctrina más justa, con una toma de posición ideológica contraria, ni tampoco debido al malestar experimentado y admitido; hace falta otra cosa. De ese relativismo, de ese sentimentalismo, se escapa solamente por la experiencia de un encuentro, encontrando algo realmente distinto a mí. Ésta es la cuestión deci-

siva en la que el cristianismo demuestra que es diferente a todo lo demás. Ésta es la única posibilidad: el encuentro con una Presencia tan realmente presente que aferre nuestro yo, nuestro ser, y nos permita vivir una adhesión tan real, tan potente, que ya no dependamos de nuestras imágenes, que no dependamos más de nuestros estados de ánimo y dejemos de sucumbir constantemente a ese esfuerzo titánico de pensar que debemos crearlo nosotros, sino que, al contrario, descansemos en Él.

2. La contemporaneidad de Cristo

¿Cuál es la victoria sobre el relativismo y sobre el sentimentalismo? Imaginemos la situación en la que se encontraban Juan y Andrés cuando se encontraron con Jesús, porque eso ha quedado como el canon y el paradigma de esta victoria. Tampoco ellos vivían ciertamente en una situación fácil: doctores de la ley, fariseos, saduceos, zelotes, apocalípticos, Juan Bautista... ¡Una sociedad realmente pluralista! ¿Y cómo fueron salvados? ¿Qué les sucedió que les sacó de dicha confusión? Teniendo, como todos, la capacidad para reconocer la verdad, se toparon con algo por lo que toda su persona se vio atraída de tal manera que correspondía a su deseo de vivir, a su deseo de felicidad.

«El capítulo primero del Evangelio de san Juan documenta la forma sencillísima y profunda con la que brotó el cristianismo en la historia: un acontecimiento humano que sucede, el encuentro con el hecho de una presencia excepcional. Para Juan y Andrés, el cristianismo, o mejor, el cumplimiento de la Ley, la realización de la antigua promesa en cuya espera vivía el buen pueblo hebreo (como Ana la profetisa, el viejo Simeón, o los pastores que describen los primeros capítulos de san Lucas), el Mesías, Aquel que tenía que venir y a quien el pueblo esperaba, era ahora un hombre que estaba delante de sus ojos: se lo encontraron delante de ellos, le siguieron, fueron a su casa y permanecieron toda la tarde con él, maravillados, con la boca abierta de par en par, mirándole hablar»¹³.

Por eso don Giussani siempre nos ha dicho que el criterio para reconocer el cristianismo será siempre esta modalidad sencillísima, en armonía con nuestra fragilidad, con nuestra incapacidad, fácil. ¿Por qué para Juan y Andrés era fácil reconocerlo? Porque estaban ante un hecho tan objetivo, ante una Presencia tan excepcional que toda su razón, su capacidad de conocer, su libertad, su afecto, se habían visto al fin completamente atraídos por Su presencia objetiva (no imaginada, ¡objetiva!), de la cual podemos tener una «lejana analogía»¹⁴ en la experiencia del enamoramiento. Me encuentro con una presencia fuera de mí, que no ha sido imaginada por mí, que atrae todo mi ser, y por eso es fácil reconocerla: cuanto más excepcional es, tanto más fácil

es reconocerlo. Y entonces uno cambia el método religioso: en lugar de un esfuerzo titánico consiste en descansar ante una Presencia que nos colma. Y estuvieron tan convencidos que, desde entonces, aunque equivocándose muchas veces, fueron cada vez más Suyos, y eso se fue confirmando en la convivencia con Él: no pudieron evitar buscarlo, y poco a poco llegaron a una certeza que les permitió al fin un conocimiento pleno, tan real que no podían preguntar: «Pero Tú, ¿quién eres?». Y entonces Él les convirtió definitivamente en protagonistas al preguntarles: «Y vosotros, ¿quién decís que soy yo? A partir de la experiencia que hacéis conmigo, vosotros – ¡vosotros! – ¿quién decís que soy yo?».

Y para nosotros, ahora, ¿es posible esta experiencia? ¿Se trata sólo de un recuerdo del pasado? ¿Debemos simplemente conformarnos con una evocación, que en el fondo no incide en la situación histórica que hemos descrito antes? Amigos, que sucede exactamente como entonces lo vemos todos los días en nosotros o en los demás: «Una chica de segundo curso se acercó a algunos de nosotros sorprendida por la manera que teníamos de estudiar juntos en la biblioteca. Empezó a estudiar con ellos todos los días, a comer juntos en la universidad, a salir con ellos por la noche, evitando cuidadosamente todos los momentos de oración porque no cree en Dios. Yo apenas la conozco, pero una noche, durante la cena, mientras les contaba lo que me había pasado por la tarde haciendo la caritativa, no pude evitar darle cuenta de sus ojos abiertos de par en par que me escrutaban [la misma expresión que don Giussani usaba para describir a Juan y Andrés hace dos mil años: los ojos abiertos de par en par]. Al cabo de un rato, me levanté para ir a por el postre y ella rápidamente me siguió para decirme: “Vosotros me habéis descolocado la vida [vosotros, no una imaginación, no un sentimiento: vosotros, una presencia real, carnal]. El modo en que vivís no es normal. Os odio, porque durante veinte años me hicieron creer que uno se tenía que conformar, y yo aprendí a mantenerme a flote. Pero desde que os conocí no logro quitarme de la cabeza la pregunta: ¿y si hubiera algo más? Aprendí también a mantener bien separadas las cosas de mi vida, cada una en su cajón, pero vosotros las estáis haciendo saltar por los aires y por eso os odio, porque ya no sé quién soy. Pero nunca me he sentido tan viva”». Ésta es la cuestión. En la situación que describe el Censis, en este adormecimiento, es posible que le suceda algo que, aunque lo odie, puede hacer que se sienta tan viva ahora – no hace dos mil años, ¡ahora! –, porque el punto de partida de la fe es siempre el mismo, es objetivo, imponente, inconfundible: algo externo a nosotros que no podemos reducir. Ésta es la grandeza del cristianismo; no penséis que el Misterio no cuenta con los medios necesarios para ello. Ha elegido un método que

nosotros, con toda nuestra capacidad, no podemos manipular, está ahí, delante de nosotros, irreductible a nuestro sentimiento, a nuestro estado de ánimo, a nuestras imágenes, a nuestra capacidad.

Leo otro testimonio: «Me gustaría contarte que últimamente me está sorprendiendo particularmente que un montón de caras nuevas día tras día se pegan cada vez más a nosotros. Tienen historias de lo más diverso, pero algo en común: nos dicen que se pegan tanto porque entre nosotros hay algo extraño y bello, una manera diferente de vivir que les fascina, algo que va más allá de las diferencias lingüísticas. Una es galesa y no habla bien italiano pero está con nosotros porque: “Verdaderamente la fe hace que tengamos en común algo que es mucho más que hablar el mismo idioma”, y que no se puede reducir a la suma de nuestras capacidades, como dice otro: “Me sorprende cómo me habéis acogido. Se ve que no hacéis las cosas por hacerlas. Soy ateo, pero voy con vosotros a Misa porque vuestra diferencia viene del hecho de que sois cristianos y quiero comprender más”. E incluso otro esta tarde me ha dicho: “Aquí he encontrado lo que he buscado toda mi vida. Tenéis un modo de estar juntos que no es normal”. Y también está el caso de un seminarista que estudia con nosotros: me sorprende porque ha tenido que pedir de manera expresa poder venir a Escuela de comunidad con nosotros, y cuando ha obtenido el permiso, me ha sorprendido escribiéndome enseguida un mensaje para decirme. Me pregunto: pero, ¿qué necesidad tiene de venir a Escuela de comunidad uno que se pasa el día oyendo hablar de Jesús? Me sorprende la sencillez cargada de afecto que tiene en sus ojos cada vez que está con nosotros. No es que hable mucho, pero su mirada es realmente la de alguien que está enamorado. El milagro es que estos y otros rostros sencillísimos son para mí la ocasión de darme cuenta una vez más de esa diferencia que hay en mí y de la que ni siquiera soy consciente. ¿Quién eres Tú que has tomado mi vida y que eres de tal modo fascinante que uno de fuera nota enseguida la diferencia?». Es una pregunta sobre Cristo que surge no de los pensamientos sobre Cristo, no por leer no sé qué libro, no por un estado de ánimo: nace de aquello que te toca, de la sorpresa por aquello que ves suceder en otros, que no podías haber imaginado antes. Y prosigue: «Es un redescubrimiento grandioso de los rasgos inconfundibles del Misterio que el corazón sencillo de mis amigos reconoce de manera evidente y que, por consiguiente, me acompaña también a mí en este descubrimiento: “Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?”. El nombre de Cristo, para mí muchas veces añadido y distante, se está convirtiendo en un Tú concreto e importante que deseo seguir viendo cada vez más, un Tú hecho de instantes llenos de una diferencia inconfundible, que es lo más fascinante y bello que jamás haya encontrado».

Es evidente que uno puede seguir sus huellas. Me escribe un profesor: «Uno de mis colegas, de orientación muy distinta a la nuestra, se acerca a mí después de los exámenes finales y tiene conmigo una conversación distinta a la habitual. Normalmente uno no pierde la compostura, entre los compañeros no se dicen nunca cosas demasiado comprometidas. Obviamente él sabe cosas de mi vida, y por eso me dice que últimamente ha conocido a varios estudiantes del movimiento, que está muy contento de tener relación con ellos, que les tiene mucho aprecio porque son críticos, están presentes, comprometidos en lo que hacen [a pesar de la situación que describe el Censis, hay algunos que viven, presentes, críticos, comprometidos en aquello que hacen]. Sobre todo percibe que tienen una solidez [en vez de fragilidad], una consistencia personal que los demás no tienen, y además están unidos, se ayudan y ayudan a los demás. Había empezado conociendo a personas de la comunidad que eran representantes de los estudiantes en distintos órganos, pero después conoció a otros, y me explicó cómo, sintiendo curiosidad, había empezado a marcar en una hoja los nombres y apellidos de los que tenían tutoría con él y que en su opinión debían a la fuerza ser de C.L. porque tenían la misma manera de afrontar la vida, la misma positividad, el mismo sentido crítico, aun siendo diferentes los unos de los otros. Para comprobar si había dado en el clavo, en cierto momento, preguntó a uno de los que conocía más y con quien tenía una relación más estrecha: “Perdona que te haga esta pregunta, pero estas personas – y le dice nombres y apellidos de la lista – ¿viven tu misma experiencia?”, y él responde: “Sí”. Había adivinado todos los nombres».

¡Algo muy distinto a las imaginaciones! Su Presencia, Su contemporaneidad, aparece hoy de este modo delante de nosotros. Como dice don Giussani:

«En lugar de Él, con los cabellos agitados por el viento, en lugar de verlo hablar moviendo los labios, ahora se te acerca con nuestras presencias [pensad en el profesor que hace la lista], que son como frágiles máscaras, con la piel frágil, frágiles máscaras de algo potente que está dentro, que es Él; que no soy yo, ni él, ni tú, y, sin embargo, pasa a través de mí, a través de ti, y a través de él»¹⁵.

Por eso la cuestión no es que nos exhortemos a creer, sino que nos ayudemos a mirar. El cristianismo es un acontecimiento y la fe tiene su punto de partida en cosas que se ven, no en cosas que uno debe imaginar, construir, sentir. De lo contrario, todo el problema consistiría en dilatar las emociones y convencerse de una posición. La cuestión es mirar. Como decía hace poco en una Escuela de comunidad, lo que falta es una fe que no esté separada de los hechos que nos encontramos ante nuestros ojos. Son esos hechos los que debemos mirar.

Me preguntaba uno de vosotros, hace poco: «En los Ejercicios, ¿puedes explicar qué es la fe?». El punto de partida es muy sencillo: «Hay algo en nuestra experiencia que viene de fuera de ella: imprevisible, misterioso, pero que entra en nuestra experiencia. Si es imprevisible, no inmediatamente visible, misterioso, ¿con qué instrumento de nuestra personalidad captamos esa Presencia? Con ese instrumento que se llama fe. Llamamos a este instrumento “fe” para usar un término que no se reduzca y agote en el concepto de razón. Porque la comprensión de la experiencia en sus factores inmediatamente experimentables es objeto de la razón –la razón es la que percibe nuestra experiencia en sus factores inmediatos –; pero nosotros percibimos en la experiencia [los testimonios que hemos escuchado] el soplo o la vibración o las consecuencias [una manera de estar juntos, un modo de mirarse, una consistencia de las personas, un estar presentes, una capacidad crítica] de una Presencia sorprendente, que no se puede explicar. Es un encuentro sorprendente: por eso sólo algo que está más allá de la razón puede intuirlo, comprenderlo, y a esto lo llamamos fe, que es una inteligencia de la realidad, una inteligencia de la experiencia»¹⁶. ¿Tenemos esa lealtad para reconocer dentro de la experiencia este “más allá” que ya percibimos?

Y mirad qué más nos dice don Giussani: «Este es el núcleo esencial de toda la concepción del conocimiento y de la inteligencia de la realidad desde el punto de vista cristiano. El núcleo de la inteligencia cristiana es esto, y es necesario comprenderlo. No hace falta comprender *cómo* Cristo está aquí, hace falta comprender que estamos *obligados a afirmar* que hay algo diferente aquí, porque lo que hay no se logra explicar simplemente con la indagación, el análisis o el examen de nuestra razón. Hay que tener presente siempre el primer capítulo del Evangelio de Juan, desde el versículo 35 en adelante: entonces se comprende todo, porque ahí se encierra todo el problema de la inteligencia, mientras que todo el problema moral está contenido en el capítulo 21, versículos 15 al 18. Cuando Juan y Andrés miraban hablar a aquel hombre, sentían que había algo especial; no se podían dar cuenta de qué – no comprendían cómo, es decir, su razón no era capaz de aferrarlo –, pero, para ser razonables, se veían obligados a decir: “Hay algo diferente”. ¿Por qué? Porque ser razonables quiere decir afirmar la realidad según la totalidad de sus factores, y si uno de estos factores es excepcional, es necesario decir que existe, aunque no se comprenda cómo»¹⁷.

El problema sobre qué es la inteligencia humana se refleja por entero en la experiencia de Juan y Andrés, a condición de que seamos lo bastante leales como para ir hasta el origen, hasta el fondo último de la experiencia que hacemos. De lo contrario, no somos inteligentes, lo siento por vosotros, aunque

saquéis matrícula de honor, porque os veréis obligados a eliminar un factor de la experiencia. Por eso, que uno es inteligente se demuestra ahí, no diciendo que es inteligente.

¿Y en qué consiste nuestra libertad, si somos inteligentes? En la forma en que respondemos a la pregunta: «Y vosotros, ¿quién decís que soy Yo? Y tú, que has visto estas cosas, ¿quién dices que soy Yo?». Aquí reside todo el problema de la inteligencia y de la libertad. Podemos pararnos o negar un factor, pero entonces no es por falta de pruebas – las hemos visto todas –, no es por falta de datos, de hechos, de acontecimientos, de testigos, de milagros, sino porque el recorrido del conocimiento del que hablamos es dramático, implica la libertad, es el apego a nuestra medida, a nuestro estado de ánimo, lo que puede ir contra la evidencia de la diferencia con la que nos hemos topado o contra la correspondencia experimentada.

Por tanto, no es necesario convencerse de nada. No estamos aquí para convencernos, como si cuanto más estuviéramos más nos convenciéramos. Hace falta mirar lo que nos ha sucedido y usar la razón sin medidas ni cerrazones, porque una fe sin un acontecimiento como éste y sin este recorrido, sin razón y sin libertad, desaparece en la nada del barullo en el que vivimos. Si no hacemos todo este recorrido en este momento de tribulación, somos, incluso después de haber visto lo que hemos visto, una bala perdida; no porque el Señor nos haya abandonado o porque no tengamos energía, porque no hace falta ninguna energía especial: hace falta simplemente la sencillez del niño para reconocer, la sencillez de un reconocimiento.

3. El carácter existencial de la memoria

Digo dos últimas cosas, partiendo de la pregunta que me ha enviado una de vosotros: «Pero, ¿cómo puede convertirse en una dimensión existencial y en amistad viva mi relación con Él? Siempre había confiado la realización de mis deseos a imágenes, pero en el tiempo, viéndolas caer o no mantener las promesas, empecé a ceder a la tentación de dejar caer sobre todas las cosas un velo de apatía y de indiferencia [¿Veis? Es la descripción de la vida]. A comienzos del año pasado hubo una especie de sobresalto. El descubrimiento, por primera vez sincero, del modo de vivir sencillo y apasionado de algunos amigos por un lado, y por otro, la ternura del Señor de regalarme de nuevo un afecto que daba por perdido, han vuelto a despertar en mí aquellas urgencias. Esta vez era imposible hacerlas callar. En concreto, vivía una gran necesidad de que la vida estuviera unida, que en cada aspecto de la realidad fuera posible ese protagonismo que el corazón desea. Empecé por el estudio. Decidí poner en común con algunos amigos profe-

sores las preguntas que habían surgido estudiando, que tenían como denominador común esa necesidad de protagonismo al que antes aludía, es decir, que nació en mí una especie de disponibilidad a hacer entrar el movimiento dentro de este aspecto de mi vida tan cotidiano y en apariencia banal que es el estudio [la verdadera lucha consiste en si nosotros dejamos que prevalezcan las imágenes o dejamos entrar aquello que nos ha sucedido, ¡algo distinto a las fantasías!]. Sin que yo hubiera decidido nada al respecto, poco a poco se fue desarrollando un trabajo que ha durado un año y que ha desembocado el pasado octubre en tres jornadas de encuentros en la universidad, implicando a estudiantes, docentes y empresarios. Esos días y el año de trabajo para hacerlos posibles han sido para mí una piedra miliar [es una cosa normalísima, no ha tenido visiones: en la cotidianidad del estudio ha dejado entrar algo diferente]. He tenido ocasión de experimentar cómo la única alternativa a la insulsa mediocridad que amenaza la vida es vivir todo en relación con Cristo; misteriosamente estoy en el movimiento, único capaz de hacerme vivir a la altura de lo que deseo. Su protagonismo en mi vida ha permitido mi protagonismo en la realidad; Su potencia ha transformado ese aspecto de mi vida que yo Le había confiado, haciendo que llegara a tener un alcance total para mi persona y una incidencia histórica. En un momento en el que todos en la universidad por uno u otro motivo se lamentan y se desesperan, para nosotros ha sido posible construir, ofrecer algo positivo para todos. ¿Quién puede hacer una cosa así? Y que esto sea algo real y no una sugestión no lo digo yo, nos lo han testimoniado los demás, como uno de nuestros profesores que al final del encuentro conclusivo dijo: “Si todos nuestros estudiantes fueran así, la universidad sería distinta”. Los demás, a veces más dispuestos que nosotros a no reducir aquello que estaba sucediendo, como nuestro rector que frente a uno de sus colegas de otra ciudad – que se preguntaba cuándo teníamos elecciones, insinuando así que le habíamos invitado por hacer propaganda – respondía: “No, las elecciones no tienen nada que ver: estos son diferentes”. Por eso, a la pregunta: “Y vosotros, ¿quién decís que soy Yo?”, puedo hacer mía, sin mentir, la respuesta de Pedro: “Tú, que venciendo todas mis infidelidades y mi inmoralidad Te ofreces como posibilidad cotidiana de plenitud de vida, Tú, que haces posible que viva esta experiencia humana única, eres el Cristo, el Hijo de Dios”».

Por eso se vive de la memoria (y no de un recuerdo del pasado): la memoria de Él presente. «Entonces podemos empezar a entender en dónde reside el defecto de moralidad que hay en nosotros: se trata, sobre todo, de la falta del carácter existencial de la conciencia de pertenencia. Es decir, no tenemos

un fuerte sentimiento de pertenencia a Cristo»¹⁸. Muchas veces, cuando alguno dice: «Yo», ni siquiera en el rabillo del ojo aparece la fuerza de la pertenencia a Otra cosa, cuyo signo físico efímero es nuestra compañía, cuyo signo histórico es la Iglesia, ¡cuya realidad es Cristo! Pero reconocer a Cristo es una «toma de posición en el presente»¹⁹: la conciencia de pertenencia en acto es el carácter existencial de la memoria. Esto es un trabajo, es necesario que yo me convierta constantemente al contenido de dicha memoria, no a mi imaginación o a mi estado de ánimo sino al contenido de esa memoria que yo he visto en acción delante de mis ojos.

Deseo que podáis dejar que predomine cada vez más en vosotros esta Presencia que vemos de forma tan potente en acción. Nos encontramos en la situación que describe Jesús: «Dichosos los ojos que ven lo que vosotros veis. Os digo que muchos profetas y reyes desearon ver lo que vosotros veis, y no lo vieron, y oír lo que oís, y no lo oyeron»²⁰. Muchos de nuestros contemporáneos desearían ver estas cosas, pero no las ven. Por eso, nosotros somos verdaderamente dichosos, preferidos. Vivir con esta conciencia es lo que nos hace diferentes y nos permite estar en la realidad sin miedo, aún más asombrados de verle en acción; para que en este grave momento histórico pueda emerger aún más que es a Él a quien nosotros hemos confiado nuestra vida y la clase de pasión que tiene por el destino de cada uno de nosotros. La vida, si uno la vive con esta conciencia, si deja entrar Su presencia, es completamente diferente.

ASAMBLEA – JULIÁN CARRÓN

11 de diciembre, tarde

ANTONIO. Hoy, en la última parte de la lección, has hablado de la fe diciendo que es el modo de conocer lo que la razón no logra explicar. Yo me preguntaba cómo un conocimiento tan indirecto, que pasa a través de personas concretas, de los amigos, puede convertirse, precisamente, en algo tan concreto que yo llegue a decir: «Doy la vida por esto».

¿Puedo hacerte unas preguntas?

Sí.

¿Alguna vez coges el ascensor?

Sí.

¿Y montas en avión?

Sí.

¿Y te fías de que no se caiga? ¿Tienes un conocimiento directo o indirecto de ello?

Directo en el sentido de que...

¿Directo?

No, pero... En el sentido de que habiendo montado ya en avión otras veces, o subido en el ascensor otras veces, yo sé...

¿Y porque te hayas montado otras veces no podría estrellarse la siguiente vez?

Sí, se puede caer.

¿Quieres a tu madre?

Sí.

¿Y tu madre te quiere?

Sí.

¿Estás seguro?

Sí.

¿Y cómo haces para estar tan seguro?

Porque tengo...

¿Tienes un conocimiento directo? El amor de tu madre, ¿tú lo ves?

Sí.

¡No! No os dais cuenta: ¡Tú ves signos y debes fiarte de esos signos! Quiero ponerlos a todos frente a la experiencia que normalmente hacéis: alcanzáis una certeza sobre muchas cosas de las cuales no tenéis un conocimiento directo. ¿Verdad?

Sí. Pero, ¿te puedo hacer otra pregunta?

Por supuesto.

El amor de mi madre lo veo a través de los signos, pero a mi madre la tengo delante y tiene un rostro concreto, es una persona concreta.

El rostro sí; pero que estés seguro de que ese rostro te quiera, te ame, ¿a través de qué lo sabes?

A través de los signos.

Volvemos al punto anterior. ¿Está claro?

Sí.

Quiero que sea evidente para todos que tras esa pregunta hay una trampa: estamos convencidos de que un conocimiento indirecto no es verdad; nos han persuadido de que la única forma verdadera de conocimiento es el conocimiento directo. Por esa imagen, cuántas dificultades tenéis en todas las cuestiones de la vida en las que no podéis alcanzar un conocimiento directo, que son la mayoría y las más decisivas. Por eso, primera cuestión, debes mirar si en cada circunstancia en la que alcanzas la certeza a través del conocimiento indirecto consigues alcanzar un conocimiento verdadero, cierto. Segunda cuestión: yo no doy la vida a un tipo de conocimiento, doy la vida a Aquél de quien alcanzo la certeza. Por esa razón, una vez alcanzada la certeza a través del conocimiento... la vida no se la doy a cierto método de conocimiento, se la doy a Él. Puedo dar la vida si puedo alcanzar esta certeza. Pero detrás de la pregunta existe esta dificultad: pertenecemos a una cultura, a una forma de relacionarse con la realidad que penetra en nosotros. Por eso pongo ejemplos que no tienen nada que ver con la fe, para haceros comprender que esto tiene que ver con todo; también tiene que ver con la fe, pero la cuestión es cómo nuestra modalidad de conocimiento incide sobre nosotros.

MARTINA. *Percibo que existe entre vosotros algo diferente, una manera distinta de estar juntos, y ése es el motivo por el que sigo aquí. Vosotros decís que el origen de esa diferencia es Jesús, pero, ¿cómo hacéis para tener esa certeza? ¿Cómo hacéis para decir que es objetivo?*

El problema no es nuestro, nosotros ya te dimos una respuesta. El problema es tuyo.

Exacto.

¿Cómo explicas tú esta diferencia? ¿Por qué estás aquí? La pregunta te brota ante algo distinto que tú tocas, que ves, con lo que te topas. O ante ese algo distinto haces el camino del conocimiento para intentar darte una explicación o dejas sin responder la pregunta sobre dicha diferencia. Ante todo no es un problema nuestro, nosotros ya te dimos nuestra respuesta y te dijimos las razones por las cuales te la dimos; pero no para zanjarse el asunto sino para ofrecerte una hipótesis de trabajo que tú puedas recorrer para verificar si

dicha explicación es adecuada a todos los factores que tú ves en esa diferencia. Pero puedes comenzar a darte otro tipo de respuesta: prueba, prueba a darte otro tipo de respuesta para explicar esa diferencia. Si la encuentras, dínosla. ¿Entiendes? Mirad que muchas veces nosotros, ante las preguntas, zanjamos el tema, como si el hecho de ofrecer una respuesta frenara la dinámica del conocimiento. Nosotros te damos las razones pero con eso no queremos zanjarse el asunto, y no debes aceptar la respuesta sin cuestionártela. Don Giussani utiliza a menudo una expresión que me encanta: hipótesis de trabajo. Es como cuando te regalan algún aparato y la empresa que lo ha hecho te pone las instrucciones de uso y te dice: «Te ofrezco esta hipótesis de trabajo para explicarte cómo funciona». Tú dices: «¿Por qué debería creerlo?». Prueba a hacerlo de otro modo, ¿quién te lo impide? Prueba a ver si existe otro modo razonable de hacerlo funcionar. Te encuentras ante algo diferente, ante algo que tienes que explicar. Te ofrecemos una hipótesis de trabajo, es una ayuda para ti. Y tú preguntas: «¿Por qué debería aceptarla?». Entonces, te doy un consejo: intenta ofrecerte a ti misma otra hipótesis, si la encuentras, estaríamos encantados de empezar a “pelear”...

Está bien.

Nosotros decimos que la respuesta es Jesús no porque no tengamos nada que hacer o porque nos lo imaginemos, querida Martina. Decimos «Jesús» porque ciertos hechos, ciertas consecuencias, cierta novedad en la vida, en la experiencia de los hombres, ha sido documentada sólo a partir de un momento histórico, va ligada a un origen histórico que se llama Jesús, y antes no existía. E incluso en nuestras existencias individuales, cuando no está Jesús de por medio, ni siquiera nosotros somos capaces de hacer que emerja esta diferencia. Es decir, no hablamos de Jesús sin fundamento. Decimos «Jesús» porque va unido a una historia precisa, que nos ha alcanzado, y cuando esta historia no alcanza un cierto lugar, ciertas personas, estos signos no aparecen. Por eso nosotros decimos «Jesús». Ahora puedes ver, a través de esta verificación a la que te invito, si encuentras una explicación alternativa que sea razonable a las circunstancias históricas, a todos los factores de la experiencia, para poder decir: «No, esto se explica perfectamente tomando alguna pastilla o haciendo algún tipo de gimnasia o haciendo otro tipo de experiencia». Prueba. Porque el punto de partida es justamente eso que tú muy bien has identificado: esa diferencia. Y es de dicha diferencia de la que hay que dar razones.

UBERTO. *Esta mañana dijiste: «El milagro es un rostro tras el cual se intuye una diferencia fascinante». Pero si el reconocimiento de Cristo presente no es el resul-*

tado de un esfuerzo, de una imaginación, sino de un abandono, de un abrir de par en par los ojos, de un palpito del corazón, me gustaría pedir que precisaras los rasgos positivos de esa diferencia fascinante para evitar el riesgo de caer en el autoconvencimiento.

«Son muy críticos, están presentes, comprometidos, tienen una solidez, una consistencia, están unidos, se ayudan, ayudan a los demás», así se expresaba el profesor con su colega. Estos rasgos no los ha creado él, no se ha autoconvencido a sí mismo; sencillamente él, que como posición estaba lejanísimo, ha tenido que reconocerlos. Podemos, por tanto, decir que el rasgo inconfundible es una exaltación de lo humano en un mejor uso de la razón (capacidad crítica) y de la libertad (presentes, comprometidos)... Al hilo de estas cuestiones, me he aficionado al cuarto capítulo de los Hechos de los Apóstoles, que tiene que ver con un episodio que a menudo pasa casi desapercibido: cuando Pedro y Juan son llevados ante el Sanedrín porque habían empezado a predicar en nombre de Jesús.

Todos podemos imaginarnos a estos dos pueblerinos ante los profesores del templo (los doctores de la ley, los fariseos, los sumos sacerdotes). Y éstos se quedan maravillados –nos cuentan los Hechos– ante estos dos ignorantes sin instrucción (porque en aquel tiempo no había más instrucción que el estudio del Antiguo Testamento con algún rabino, debemos situarnos en el siglo primero, en Palestina; había gente que vivía de la cooperativa de las barcas y no sabía ni leer ni escribir). Ya en el Evangelio de san Juan se relata cómo fueron despreciados los seguidores de Jesús: «Sólo vosotros, que sois gente pueblerina, completamente ignorante, podéis creer en Él. ¿Habéis visto alguna vez que alguien importante, instruido, Le haya creído?». En cambio, cuando Juan y Pedro son llevados ante el Sanedrín todos los profesores se quedan pasmados porque, siendo pueblerinos, hablan con una audacia, con una libertad, que no se logra explicar. Y el texto de los Hechos de los Apóstoles comenta: «Hasta que se dieron cuenta de que habían sido compañeros de Jesús». ¡Ahí está el origen de esa libertad, de esa audacia, de esa valentía! El origen de la capacidad inexplicable de exponerse delante de una platea de gente tan ilustre estaba en que ellos eran amigos de Jesús: son rasgos inconfundibles de esa personalidad que surge de la relación con Cristo presente en la historia. Son los rasgos de una diferencia que muchos de vosotros muestran al hablar con distintas personalidades: es una capacidad para dar razones lo que documenta la contemporaneidad de Cristo. Precisamente esto es lo que percibía aquel profesor haciendo su lista de estudiantes “diferentes”. Por eso, ni autoconvencimiento, ni énfasis. Son rasgos absolutamente objetivos. Lo que hace falta es la sencillez de reconocerlo.

SIMONA. *A mí me parece que esta mañana lo has expuesto como algo muy fácil...*

Es que es fácil. Lo siento por ti, pero es fácil.

Esta mañana decías que se puede salir de la confusión y del adormecimiento del deseo únicamente por la experiencia de un encuentro y que sólo en Cristo podemos encontrar nuestro descanso. Pero, en realidad, también los encuentros desilusionan, es decir, los amigos, las personas con quien nos encontramos son humanas, y por lo tanto, no son perfectas, ¿no? La pregunta es: ¿qué es lo que puede hacerme verdaderamente feliz en las relaciones, es decir, qué hay en las relaciones que esté a la altura de mis deseos? ¿Qué resiste incluso ante los límites humanos? Porque si todo decepciona, entonces la única solución es elegir la virginidad.

Calma, calma...

Porque para vivir nuestra relación con Cristo a mí me parece que esa es la única solución...

Simona, miremos juntas las cosas. Primero: cuando algo te sorprende, cuando captas la diferencia, el problema es comprender qué es lo que hay dentro de dicha diferencia. Te pongo unos ejemplos sencillos; es mejor poner ejemplos que no tengan que ver con la fe, porque si resisten ahí, sirven también en las cosas que tienen que ver con Cristo. Si pruebas un vino estupendo, aunque luego pruebes otros distintos...

...Ése sigue siendo el mejor.

¿Lo ves? Está todo ahí. Se trata del juicio que hacemos de esa diferencia. No se trata de que después no lo siga siendo; lo sigue siendo, tanto es así que tú puedes probar y catar cualquier otro, y cuanto más pruebas, más te das cuenta de que no es igual, y la diferencia destaca. ¿Me explico? Entonces, la cuestión es que el encuentro cristiano es igual, como forma, a cualquier otro encuentro, pero dentro de él existe una diferencia en el origen que hace que permanezca para siempre. ¿Por qué los otros decepcionan y éste no? ¿Por qué? Porque allí dentro existe algo que tú debes explicar. No tengo que explicarlo yo: te encuentras frente a una experiencia de correspondencia tan evidente que luego, aunque intentes repetirla, recrearla, no puedes. Esto quiere decir que allí hay algo que – como antes decía a Martina – debes explicar: ¿por qué es distinto? ¿Qué es lo que contiene que lo hace diferente? Porque esto es lo que marca la diferencia entre el encuentro cristiano y los demás encuentros que desilusionan. Comprendo que, como a todo lo llamamos “encuentro” (y a todo lo llamamos “vino”), la tentación es meter todo en el mismo saco, confundirse, decir que todo es lo mismo. ¡No, no, no! Usamos la misma palabra, pero la experiencia que hacemos es diferente, y por eso podemos

reconocer entre los distintos rostros el Rostro. Figúrate si Juan y Andrés no habían ya encontrado muchos rostros... ¿Por qué sólo le siguieron a Él? ¿Estaban sorprendidos o confundidos?

No creo...

Y cuanto más Le seguían, más evidente se hacía para ellos que aquel carácter excepcional resistía cualquier prueba, cualquier circunstancia. Y cuando todos Le abandonaron, Jesús ni siquiera les ahorró la pregunta: «¿También vosotros queréis marcharos?». Jesús no ha implorado: «¡No me dejéis solo ahora, os lo ruego, hacedme ese favor!». No. Jesús no quiere que ninguno de vosotros Le haga ese favor. ¿Comprendéis?

Es verdad que hay encuentros y encuentros, es decir, en algunos la diferencia es evidente y en otros quizá menos. Pero precisamente los encuentros decisivos para la vida, llegado un momento, te son arrancados; pongo unos ejemplos: mi novio que me deja después de tres años, o uno de mis mejores amigos se va a EEUU. Ante esto digo: forzosamente esos encuentros, aunque tengan su importancia, decepcionan, porque me son arrebatados. Entonces, ¿ante esto, qué es lo que resiste?

Lo que se queda es el encuentro con Aquél que se hace presente a través de dichas relaciones. Porque puede suceder que encuentres a Cristo a través de uno que después se va. ¿Esto quiere decir, entonces, que Cristo desilusiona, que no es verdad aquello que cierta persona te ha hecho encontrar? Si uno te enseña matemáticas y luego pisotea lo que te ha dicho, ¿quiere esto decir que no te ha introducido en la verdad de aquello que te ha enseñado?

No, es decir...

Ésta es la cuestión. Si tú, a través de personas frágiles como nosotros, limitados como nosotros, alcanzas algo que es verdadero, sigue siendo verdadero para siempre. Si tú has conocido a Cristo y has percibido lo que trae a tu vida, si el que te introdujo en esa conciencia se va, ¿entonces te marchas tú también? El testigo te introduce en algo que permanece para siempre, aunque él se vaya. Es decir: te decepciona él, no te decepciona Cristo, a quien él hizo que encontraras. Si no miramos hasta el fondo la diferencia, después lo mezclamos todo.

Sí.

En cuanto a la vocación a la virginidad, ésta es otra cuestión. La vocación no la decides tú, la decide Otro; pero la vocación es a la felicidad de encontrarle a Él, y es para todos, también para aquéllos que no abrazan la virginidad. ¿Está claro?

Gracias.

MICHELE. *Hoy has dicho que reconocer al Señor es extremadamente sencillo, pero para mí ahora no es así. Después has terminado diciendo que el reconocimiento es un trabajo. ¿Cómo van juntos trabajo y sencillez?*

Vayamos por partes. ¿Es sencillo reconocer al Señor?

A veces, depende.

Partamos de las veces en que es más sencillo. Cuanto más excepcional es algo, más fácil es reconocerlo, ¿no? Cuanto más bellas son las montañas, más fácilmente te surge decir: «¡Qué bonito!». ¿Sí o no?

Sí.

Cuanto más guapa es una chica, más te surge decir inmediatamente: «¡Qué guapa!». ¿Tienes alguna dificultad para reconocer la belleza, aunque el cielo esté nublado o estés un poco bajo de moral?

No.

Quizá la moral mejora al verla... La sencillez va unida a la imponencia del hecho, a la excepcionalidad de la presencia, al objeto que tengo delante. Por eso es sencillo. El trabajo va unido a la libertad. Que algo sea excepcional, y por tanto fácil de reconocer como tal, no te ahorra la libertad de adherirte. Cualquiera de nosotros, también yo, ante algo imponente puede decir: «No, no quiero reconocerlo».

No, ¡no es así! Quiero decir, a veces las circunstancias son mucho más áridas y es realmente difícil reconocer a Cristo. Yo he tenido un encuentro pero...

Perdona un momento. El reconocimiento no depende de una energía de la voluntad, sino que depende solamente de tu libertad; para decir que las montañas son bonitas no necesitas ninguna energía especial. ¿Sí o no? Estáis confundiendo las cosas: como para vosotros el cristianismo, en el fondo, es un moralismo, cuando no tenéis energía pensáis que no podéis. Pero si el cristianismo es un hecho, el reconocimiento de Otro, ¡es un problema de la libertad! ¿Qué energía especial debes usar para reconocer la belleza de las montañas o de un cielo estrellado, o la belleza de una chica? ¿Necesitas algún entrenamiento especial? ¿Necesitas un complemento energético, tomar alguna vitamina? La libertad mediante la cual tú reconoces algo es sencillísima, tan sólo hace falta ceder al atractivo; después podemos no ceder pero no porque no sea fácil, sino porque nos resistimos. Al contrario, ¡se necesita más energía para resistir que para ceder! En resumen, son dos cosas sencillas: una tiene que ver con el objeto que tengo delante (la excepcionalidad); la otra tiene que ver con el sujeto que debe reconocerlo (la libertad). Vosotros soñáis con un tipo de conocimiento que os ahorre la libertad. No existe, lo siento, ni siquiera ante la belleza de la montaña, porque siempre es necesario implicar la libertad. Y esta implicación de la liber-

tad – como dijimos en los Ejercicios de la Fraternidad de este año – es decisiva, porque sin ella nunca nada sería tuyo, ¿comprendes? Por ejemplo, para dejarte abrazar por otro, ¿qué necesitas? Nada, basta con ceder. Respecto a Cristo, ¿Zaqueo tuvo que hacer algún esfuerzo especial? No, aceptó la invitación: «Baja, que tengo que ir a tu casa».

¿Entonces el trabajo consiste en decir sí a esa circunstancia?

Exacto. Es un trabajo porque no es automático. Puedes querer a una persona pero no es automático decirle: «¿Quieres casarte conmigo?»; debes decirlo con toda tu libertad para que sea verdaderamente tuyo, no lo dices como el que bebe una cerveza, ¿verdad? Cuanto más está en juego algo bello, decisivo para la vida, más se implica la libertad. Es sencillo reconocer el bien que aquella mujer significa para tu vida, tienes miles de signos, es facilísimo reconocerlo; pero cuando le pides que se case contigo debes implicar tu libertad, tanto es así que lo pensamos antes de hacerlo.

ALESSANDRO. *Me he sentido totalmente descrito en las reducciones en las que te has detenido esta mañana, y me ha quedado también claro que la única posibilidad para salir de ellas es toparse con una Presencia excepcional, capaz de atraer completamente mi razón y mi afecto. Por tanto, la cuestión no es convencerse de la fe sino mirar esta Presencia en acción. ¿Cómo educar la propia libertad a fin de que esa apertura y ese reconocimiento del Misterio presente se hagan cada vez más habituales y estables en toda circunstancia?*

Gracias, ésta es una cuestión sobre la que debemos volver siempre porque se trata de un aspecto educativo fundamental. Giussani nos ha enseñado siempre que esa apertura de la que hablas es la apertura original del niño. El ejemplo más evidente de esta apertura original es la curiosidad del niño. Pero todos vemos que esta apertura no permanece en el tiempo. Por eso don Giussani dice que para que permanezca es necesario que la persona se implique, y ése es un trabajo nuestro. Don Giussani pone un ejemplo que sorprende un poco: ¿Cuántas veces hemos pasado la tarde sin hacer nada? Con esto él explica que cuando uno se abandona así, las cosas que antes, en otros momentos, sentía como correspondientes y atractivas, llegado a un punto es como si perdieran su significado porque dicha apertura nuestra ya no existe. Esto quiere decir que es necesaria una educación. ¿Y cómo podemos educarnos en esto? Estando siempre disponibles a esa modalidad con la que el Misterio constantemente nos despierta. Si nosotros, pase lo que pase, aceptamos el desafío de la provocación de la realidad y nos dejamos educar, poco a poco va surgiendo cada vez más en nosotros una capacidad para estar abiertos. Jesús nos invita constantemente a ser como niños sien-

do adultos, es decir, a conservar la posición original, con esa apertura original aunque seamos adultos. Las provocaciones de la realidad – hemos escuchado muchas de ellas también esta mañana – son ocasiones en las que somos constantemente desafiados: podemos aprovecharlas para educarnos en esa apertura o por el contrario ignorarlas, haciéndonos la ilusión de que es algo automático.

LORENZO. *Hoy has dicho que para nosotros el acontecimiento sucede de manera intermitente porque detrás se esconde el sentimiento. En los momentos oscuros en los que la vida se ve arrastrada por otros sentimientos, ¿por qué éstos parecen más concretos que el Hecho reconocido? ¿Por qué esta reticencia a un uso verdadero de la razón?*

Según tú, ¿por qué es?

Porque no nos damos cuenta de lo que sucede.

¡Perfecto! La reticencia es porque nosotros – que no somos tontos – sabemos que ese uso verdadero de la razón implica, a veces, un sacrificio, y no estamos dispuestos a ello. Tomemos el milagro del ciego de nacimiento. No es que los judíos no hubieran visto a aquel ciego pedir limosna todos los días; ¡sabían muy bien quién era! ¿Por qué tenían esa reticencia a usar la razón, a reconocer el hecho? ¿Por qué? Porque eso implicaba tener que cambiar su postura, no porque el hecho en sí no fuera evidente también ante sus ojos.

Exacto.

La verdad es que somos muy astutos – mucho más de lo que nos damos cuenta –, y enseguida hacemos una rápida comparación; y como rápidamente adivinamos las consecuencias que tendría reconocer aquello que con total claridad hemos visto, la única forma de evitarlas es negar el hecho en el origen; y de esta manera bloqueamos la razón. Si aquellos hebreos hubieran reconocido el milagro del ciego de nacimiento habría sido el fin de su presunción, y lo sabían muy bien, no eran tontos, sabían bien que si hubieran aceptado que aquél era ciego de nacimiento y ahora veía, habrían tenido que comenzar a hacer un recorrido: «Pero si éste era ciego de nacimiento y ahora ve, ¿quién es este Jesús que le ha curado?». Una pregunta como esa surge incluso en el más obtuso de los hombres. Y como no estaban dispuestos a cambiar sus ideas sobre Él por todo lo que ello habría implicado – porque habrían tenido que seguirle, ellos que eran los jefes habrían tenido que convertirse en discípulos y todo se habría visto alterado –, ¿qué hicieron ellos? Aquí tienes, Lorenzo, la reticencia de la razón perfectamente dibujada. ¿Parecían las demás cosas más concretas que el hecho reconocido? No, el hecho estaba allí, delante de ellos; pero no estaban dispuestos. La reticencia es

la modalidad con la que nos defendemos de las consecuencias del Hecho reconocido y del sacrificio que dicho reconocimiento implica. Sin embargo, también aquellos judíos debían someterse a la razonabilidad – pues de tal manera el hombre está hecho para la verdad –, y por consiguiente tuvieron que negarlo todo: «No, este hombre nunca ha sido ciego».

Así está claro.

Entonces, amigos, ¿quién nos persuade para que no cedamos a esta reticencia de la razón? ¿Quién? Recuerdo siempre el final del tercer capítulo de *El sentido religioso*, donde don Giussani dice que sólo una cosa nos puede persuadir: el amor a uno mismo como destino. Si tú no te amas a ti mismo hasta el punto de estar dispuesto a seguir aquello que te hace verdaderamente feliz, ¿quién hará que lo hagas? Ninguna autoridad fuera de ti hará que lo hagas. Sólo si tú tienes un instante de ternura, de verdadero amor por ti mismo, estarás dispuesto a ese sacrificio. Decídetes. Éste es el drama de la vida, chicos. Pero que quede claro que una cosa es no tener la evidencia del hecho y otra muy distinta es elegir decir “no”.

FEDERICO. *Nunca como en estos días se ha hablado de Cristo como algo presente y del hecho de que no tenemos que convencernos de nada, sino sólo mirar y ayudarnos a mirar. ¿Cómo se hace viva la amistad con Él tanto como para poder reconocer que Él está incluso cuando estoy solo?*

La amistad con Él se hace viva como se hace viva cualquier amistad verdadera que te surge. Si tú encuentras unos amigos, ¿cómo se hace cada vez más viva la amistad con ellos?

Estando junto a ellos.

¡Perfecto! Verificas que estando con ellos la vida es más vida, se te ayuda más a afrontar todas las circunstancias, te sientes más sostenido ante las dificultades, y por eso surge cada vez más la razonabilidad, la belleza de dicha amistad, y entonces la amistad se hace cada vez más verdadera. ¿Qué hicieron los discípulos? Lo mismo que estás describiendo tú: se implicaron en una relación con Él y dicha relación les llevó a un apego cada vez mayor, más vivo, más estrecho, hasta el punto de que cuando todos Le abandonaron, ellos se quedaron. Imagina cómo poco a poco esta amistad fue creciendo en intensidad y certeza. ¿Y cómo puede crecer en nosotros? De la misma forma: si te introduces en la realidad con la presencia de Cristo, a través del lugar donde ha acontecido. ¿Por qué? Porque la amistad con Él crece si la verificas en la realidad. Si no arriesgáis en la realidad aquello que habéis encontrado no podréis crecer en la certeza de que Él es capaz de cambiar las circunstancias. ¡Démosle la posibilidad, el espacio, la oportu-

nidad de mostrar quién es! Si te apegas cada vez más a Él, verás cada vez más quién es Él. Una cosa es ver la victoria de Cristo en nuestros pensamientos y otra cosa es verla en la realidad. La amistad con Él será cada vez más estrecha si la ves crecer en la realidad, porque tú de Cristo sabes muchas cosas, pero hasta que no Lo ves actuar en la realidad, no te apegas a Jesús ni muerto. Lo entiendo. Te lo digo porque yo había estudiado mucho, había rezado mucho, pero comprendí la diferencia que había cuando comencé a experimentar Su acción en la realidad, y la certeza que he alcanzado va mucho más allá de cualquier cosa que hubiera podido imaginar. Por eso digo: estamos cada vez más ciertos, se intensifica la amistad con Él en la medida en que Lo verificas en la realidad y ves cada vez más los hechos que documentan quién es Él. Y añadido: ¿a dónde iría sin Él, qué sería la vida sin poder descansar en Su reconocimiento? Como me contaba una de vosotros: «¡Pero si el silencio es la cosa más bella!». Sin embargo esto – que el silencio es la cosa más bella – para muchos cristianos es la cosa más lejana. En cambio, cuando uno experimenta esto, entonces adquiere un nivel de relación y de intensidad que no tiene comparación, porque nuestro silencio – como decíamos ayer – no es un vacío que debemos buscar cómo llenar. No, el silencio cristiano parte de una plenitud, del Acontecimiento que deja sin palabras, de la imponente Presencia que me deja pasmado pues de tal manera se impone con una excepcionalidad sin comparación. Y entonces uno desea hacer crecer cada vez más esta relación que no está desligada de lo real sino que está cada vez más ligada a la realidad, y te lleva cada vez más al silencio, porque el silencio está lleno de esa realidad, de ese verle a Él actuando delante de tus ojos. Por eso permaneces cada vez más sorprendido ante esos rasgos inconfundibles, como nos enseña don Giussani: con una tensión exacerbada a decir Su nombre. Porque vivir, amigos, es hacer memoria de Él. Pero esto es como el resumen de una historia, de un recorrido, no una fórmula; a través de esto yo resumo una experiencia que Jesús resumió así: «Vivir es hacer memoria de Mí». Pero esto, ¿quién lo comprende? ¿Quién le está dando vueltas a la fórmula en su cabeza? No, aquél que se implica en una experiencia por la cual dice: «Es verdad, es verdad, vivir es hacer memoria de Él». Por eso san Pablo, que había hecho esta experiencia, lo resumía muy bien: «Aun viviendo en la carne, vivo en la fe del Hijo de Dios, vivo en la memoria de Él, y cada vez más Su presencia supera a cualquier otra cosa».

PIETRO. *Sigo sin entender la cuestión de la memoria. ¿Cómo puede estar en el mismo plano que el Acontecimiento o, incluso, cómo puede ser ella misma un*

acontecimiento? Me parece siempre que acontecimiento es el momento llamado de “serie A” y la memoria el de “serie B”, en el que recurro al recuerdo y punto. También desde el punto de vista del sentimiento; un acontecimiento me provoca cierto tipo de sentimiento que el trabajo de la memoria en cambio nunca puede renovar.

¿Veis? Este es un ejemplo evidente de cómo para comprender las palabras cristianas únicamente podemos partir de la experiencia. Porque tú, ahora, ¿qué acabas de hacer? Acontecimiento es “serie A”, es decir, es real y está presente; memoria es “serie B”: un recuerdo. O sea, nosotros tomamos las palabras en su significado común, fuera de la experiencia cristiana. ¡Pero para nosotros la memoria no es un recuerdo! Utilizamos la palabra “memoria” porque el Acontecimiento comenzó en un momento de la historia: Jesús llegó – celebraremos la Navidad dentro de poco – en un momento del tiempo y del espacio, no antes. El Acontecimiento tiene una memoria. Nosotros no vivimos del recuerdo como a veces piensan muchos cristianos. «Los apóstoles experimentaron la “serie A” (vivir con Él); nosotros somos de “serie B” (tenemos sólo un sucedáneo)». Como si no pudiésemos hacer la misma experiencia que ellos. Pero si no podemos hacer su misma experiencia no vale la pena, porque entonces no podemos verificar si lo que les sucedió a ellos nos sucede también a nosotros. En cambio, como don Giussani siempre nos ha enseñado, aquello que comenzó entonces puede alcanzarnos a nosotros como alcanzaba a otros ya durante la vida terrena de Jesús, cuando envió a los setenta y dos; y aquello que Él había introducido llegaba a otros, no directamente a través de Jesús, sino a través de aquellos setenta y dos; y entonces nos llega a través de nuestras «frágiles máscaras», como decíamos esta mañana. ¡Pero el que llega a nosotros es realmente Él! Por eso el Acontecimiento permanece en la historia. Por eso la memoria es acontecimiento, como ha dicho el Papa con ocasión del funeral por nuestra amiga Manuela, está presente: porque Él se acuerda constantemente de nosotros en el presente nosotros podemos ser *memores Domini*. Si Él no fuera en el presente *Memor nostri*, es decir, si Él no se acordara de nosotros ahora, si no sucediera en el presente, nosotros no podríamos ser *memores Domini*, no podríamos vivir en la memoria de Él. Pero es como si lo diéramos por supuesto... Miraos a la cara un momento, por favor: ¿hay alguno que esté aquí simplemente por algo que los demás le han contado? ¿Habéis tenido la experiencia de una correspondencia o estáis aquí sólo por algo que habéis oído, por el recuerdo de una lección que habéis escuchado? Pero, ¿quién os traería aquí si se tratara tan sólo de un recuerdo, si cada uno no hubiera hecho la misma e idéntica experiencia de un encuentro como el que hemos descrito esta mañana? Y ésa es la prueba de Su pre-

sencia, porque sin Él en acción esto no existiría. ¿Cómo podían sus contemporáneos reconocer la identidad divina de Jesús? A través de rasgos inconfundibles. Y ahora nosotros Lo podemos reconocer del mismo modo por los mismos e idénticos rasgos inconfundibles. Por eso la memoria no es un simple recuerdo sino que está presente. Porque Él sigue acordándose de nosotros, porque Él nos atrae ahora, porque Él se acuerda de nosotros ahora, y para acordarse de nosotros debe estar presente, por eso podemos llamarnos *memores Domini*.

IVAN. *Haciendo un análisis de lo que ha sucedido en las últimas elecciones universitarias veíamos que la falta de un resultado positivo se debe a las pocas relaciones que habíamos establecido en la universidad, por tanto ahora parece como si la solución fuera conocer a más personas, estar más en internet para hacer publicidad de la lista, en resumen, utilizar la estrategia adecuada. Sin embargo me parecía que lo que decías sobre ser una presencia que atrae y mueve fuera algo distinto, algo que tiene que ver con mi yo y Cristo presente. Ayúdanos en esto.*

Gracias. Para responder a esto, creo que la mejor forma es hacer que intervengan los siguientes amigos, que nos cuenten su experiencia: qué es para ellos la presencia.

MARCO. *Empiezo leyendo mis apuntes de esta mañana: «En este adormecimiento puede suceder algo que nos haga más vivos ahora, no hace dos mil años. El punto de partida de la fe es objetivo, algo externo a nosotros, es irreductible y está ahí delante de nosotros, es tan evidente que uno puede seguir sus huellas. El Misterio ha elegido un método que no podemos manipular. ¿Quién eres Tú que has aferrado mi vida y nos haces de tal modo fascinantes para todos los demás?». Hoy, precisamente, esas palabras, en mi opinión, describían perfectamente lo que hemos vivido en los últimos meses en la universidad a partir de todo el trabajo hecho contigo el año pasado y también de la provocación que nos hizo este verano el Equipo: «¿Qué quiere decir ser presencia en la universidad?». Así algunos de nosotros durante todo este año hemos trabajado en algunas de las exposiciones del Meeting: la muestra sobre crisis y economía, aquella sobre Florenski y la de Masaccio, el Beato Angélico y Piero della Francesca – vino un montón de gente a las tres –. Iniciativas nacidas de gente que ha empezado a decir: «¿Pero esto que hemos encontrado puede llevar a juzgar, hasta el último detalle, algo que sucede en el mundo como la crisis o incluso aquello que nos apasiona, el ruso o el arte?», y surgieron estos trabajos que han supuesto una novedad, también culturalmente hablando, en nuestra universidad. Es decir, me ha impresionado*

ver a ciertos profesores, que seguramente no pueden decirse amigos nuestros, captar lo que había detrás (como uno que, oyendo murmullos mientras los amigos proponían la exposición sobre la crisis económica, dijo: «Chicos, ¿pero os dais cuenta de que ésta es la única ocasión que tenéis en estos años de levantar la cabeza de vuestros libros y ver algo interesante, un modo nuevo de acercarse a la economía?»). Y la segunda cosa que me ha llamado la atención ha sido que los primeros en sorprenderse hemos sido nosotros, también respecto a todas las preocupaciones por la reforma universitaria y a todas las protestas que ahora se están sucediendo. Existe un punto que no está determinado por las circunstancias (políticas, sociales). En resumen, se puede reaccionar de manera instintiva, o por el contrario existe un punto de novedad que permanece. Porque una exposición pasa, pero la ganancia que nosotros hemos obtenido, la ganancia de aquellos que han hecho dichas exposiciones, permanece, es decir, esa sucede esta explosión de lo humano que antes mencionabas.

Gracias.

DAVIDE. *Estas semanas en la universidad han sido bastante duras (ocupaciones, manifestaciones). Desde las primeras muestras de agitación empecé a pensar que era necesario dar un juicio, es decir, descubrir una posición interesante en medio de todo este caos. Empecé a pensar en ello pidiendo consejo a algunos amigos y descubrí que muchos de nuestra comunidad tenían el mismo deseo. Hicimos una asamblea para comprender lo que estaba escrito en la reforma universitaria y juzgar juntos lo que estaba sucediendo. Para ayudarnos, empezamos lanzando un panfleto pero de pronto nos quedamos bloqueados: ¿qué es lo que queremos decir, qué queremos proponer? Era evidente que la idea de desmontar punto por punto la posición de quien se manifestaba (dado que entre otras cosas lo hacía por cosas que no estaban escritas en la reforma) nos parecía un poco más cercana: resulta demasiado fácil y cómodo contraponerse a la ideología con otra ideología (digo ideología porque habrían sido sólo ideas). Empezamos entonces a mirar nuestra experiencia cotidiana en la universidad y vimos que lo más impresionante que nos sucede son encuentros inesperados con profesores y compañeros, gente viva que se interesa por las cosas, curiosa, que no se deja vencer por las dificultades sino que sigue creyendo que la universidad puede ser un lugar donde educar y ser educados. Lo más bonito para nosotros es, de hecho, encontrarse con una excepcionalidad que pasa incluso por las personas más inesperadas, y darles espacio pegándose tenazmente a ellas. Entonces la propuesta que hicimos a nuestros amigos, a nuestros compañeros, fue la de buscar juntos cada día la excepcionalidad en aquello que existe y no dejarla escapar, aunque*

cueste trabajo y parezca realmente que sólo dominara el caos. Esta búsqueda fatigosa es lo único que resiste en la universidad porque es lo único que resiste en el tiempo. Esta búsqueda nunca podrá ser frenada por una reforma, por un sistema erróneo o por quien nos quiere fuera de la universidad. Para nosotros la única esperanza para salir de la mediocridad es ésta, porque responde claramente a nuestros deseos más verdaderos en la universidad. Éste es un pequeño testimonio de lo que decías esta mañana, es decir, que el deseo se ve relanzado por el encuentro con una Presencia excepcional: esto es lo que hemos vivido y por consiguiente esto es lo que hemos propuesto a nuestros amigos.

Una presencia, como dijimos este verano, está determinada por una diferencia que todos pueden reconocer. Naturalmente, podemos luego adoptar todos los medios que queramos pero no podemos confundir esa diferencia con los instrumentos que utilizamos, porque con los mismos instrumentos podemos transmitir una diferencia o las banalidades de todos. En abstracto ningún medio puede ser a priori excluido pero la cuestión no es el instrumento que usamos; podemos hacer un panfleto, pero si en el panfleto decimos lo que dicen todos los demás, ¿dónde está la diferencia? Yo no la he visto. Podemos hacer cenas o preparar una exposición, pero si no hay una mirada diferente... El problema no son tanto los instrumentos, que el día de mañana podríamos cambiar si descubriéramos otros más adecuados; la cuestión es si un instrumento hace presente la diferencia que nos ha invadido. Éste es el testimonio de una experiencia (como decíamos en el manifiesto titulado «Las fuerzas que cambian el mundo son las mismas que cambian el corazón del hombre»). No basta una respuesta ideológica, es necesario mostrar una experiencia a través de la presencia de personas que manifiestan una humanidad distinta en cualquier campo. Personas que no se sientan condenadas a la desilusión o al desconcierto sino que vivan a la altura de sus deseos. Ésta es la cuestión.

Cada uno de nosotros llegó el viernes aquí con sus propias necesidades, sus propias preocupaciones, sus problemas, y fue invitado a sumergirse en Su presencia. ¿Qué significa esto? Como hemos visto, para nosotros muchas veces esto sucede según nuestra imaginación o nuestro sentimiento, de los que nos cuesta salir. Pero, ¿qué es lo que ha hecho el Señor, siendo consciente de nuestra situación? Ha generado una Presencia tan irreductible que cada uno ha podido verse liberado de las propias imágenes, de la reducción al estado de ánimo; cada uno ha podido hacer experiencia de qué es lo que ha sucedido: un gesto objetivo, irreductible a nuestros pensamientos y a nuestros sentimientos. Cada uno puede mirar qué es lo que ha sucedido. Y nos hemos dado, siguiendo a don Giussani, un criterio que él siempre nos ha ofrecido: «A medida que las palabras llegaban a ellos, y su mirada, atónita y llena de admiración, atravesaba a aquel hombre, sentían que cambiaban, sentían que las cosas cambiaban: el significado de las cosas cambiaba, el eco de las cosas cambiaba, la marcha de las cosas cambiaba. Y cuando regresaron, por la noche, al final de la jornada – recorriendo de nuevo el camino muy probablemente en silencio, porque nunca se habían hablado antes entre ellos como en aquel gran silencio en el que Otro hablaba, en el que Él seguía hablando y volvía a resonar en su interior –, y llegaron a casa, la mujer de Andrés, mirándole, le dijo: “Pero Andrés, ¿qué tienes?”»²¹. En estos días hemos estado ante una Presencia y cada uno de nosotros – con su silencio, con su testimonio, con sus aportaciones – ha visto que las cosas cambiaban, las palabras calaban interiormente. También nos hemos llenado de silencio, como contaba ayer uno viendo a los amigos que no sólo han mantenido el silencio durante el viaje en autocar, sino también cuando, llegados al hotel, esperaban el comienzo de la comida. ¿Qué sucedía? ¿Cómo explicar esto si no es por el hecho de que, como Juan y Andrés, volvemos a recorrer el camino en silencio porque nunca nos han hablado como en este gran silencio en el que Otro habla, en el que Otro domina todo nuestro ser?

Entonces comprenderemos cada vez más lo que significó para ellos aquel encuentro en la medida en que aquella experiencia suceda en nosotros. Y no es únicamente el recuerdo sentimental de un pasado porque empezamos a entender lo que aquello significó para ellos. Por eso don Giussani nos presenta la escena de Juan y Andrés como la experiencia sintética de una Presencia tan excepcional que cuando la vemos penetrar y dominar dentro

de nosotros, nos cambia tan profundamente, nos asombra de tal manera que nos llena de silencio.

Su presencia domina la vida, que ya no está reducida a nuestras imaginaciones, a nuestras fantasías, a nuestro esfuerzo: no es el cansancio de una creatividad sino la sencillez de un reconocimiento. Por eso el signo más evidente es – como decía uno de vosotros – éste: «Ayer tuve la experiencia de ser liberado de un peso». ¿Comprendéis por qué ayer usaba la palabra “descanso”? Porque uno ante esta Presencia no debe seguir manteniendo él, llevando él, intentando él que las cosas sigan en pie: existe y domina, y puede descansar en Ella. El signo de esta Presencia: la liberación. El signo: el descanso. El signo: el silencio. El signo: el cambio. Lo que libera, lo que cambia, lo que llena la vida de este estupor y de este silencio no es una explicación, no es un recuerdo, no es nuestro esfuerzo titánico, sino un hecho que tiene la forma del encuentro con una Presencia presente. Siempre, mientras exista el cristianismo, será así; y si no es así, amigos, no es cristianismo. Si acontece lo que nos testimoniaron aquellos dos, entonces se puede llamar cristianismo; si no es esto, amigos, podemos usar las palabras cristianas, pero no es cristianismo. ¡Porque no somos nosotros quienes decidimos lo que es el cristianismo! Aprendemos lo que es el cristianismo cuando acontece, como ellos; Juan y Andrés no sabían lo que era el cristianismo, no tenían ni idea, no podían ni siquiera partir de la categoría “cristianismo”, no tenían una imagen como tenemos nosotros. Para ellos el cristianismo coincidía con la experiencia del reconocimiento de una Presencia que dominaba la vida y la cambiaba.

Por eso podemos afirmar – como decíamos ayer – que es fácil (como ha sido fácil mantener el silencio). ¿Comprendéis por qué digo que con los mismos ingredientes podemos hacer dos sopas distintas? El silencio puede ser el resultado del imponerse de una Presencia que nos deja sin palabras, del estupor que Él genera, de la imponencia de Su abrazo; o puede ser un mero intento titánico por nuestra parte, y así nos expresamos con palabras cristianas pero hablamos de otra cosa, de una construcción nuestra, de un intento nuestro. En cambio, cuando sucede según su verdadera naturaleza, según lo que está documentado en los Evangelios, es fácil, y nosotros lo sabemos por experiencia. Si alguno dice que es difícil debe decirlo contra la evidencia de la experiencia, y por eso miente, ¡y lo sabe!

Esta evidencia facilita la libertad para adherirse. Atención: la facilita, pero no nos la ahorra. No es automático. No sería humano si fuera automático. Y de hecho podemos resistirnos. Frente a los muchos milagros que veían los contemporáneos de Jesús era evidente. Lo tenían delante, se imponía con una claridad meridiana. ¿Alguien podía decir que no era fácil? Pero podían resis-

tirse. ¿Por qué? Porque entraba en juego la libertad. Entonces, si a veces nos parece difícil, no es porque no sea fácil reconocer a Cristo, sino porque, como está por medio la libertad, intuimos enseguida las consecuencias, como los judíos ante el ciego de nacimiento, y entonces bloqueamos la razón (es la retención de la razón por la que me preguntabais ayer). Se trata de una resistencia que uno debe justificar.

Por eso ante la imponente presencia de Su presencia siempre es necesaria la apertura original con la que el Misterio nos ha creado. Porque el Misterio nos ha creado – como vemos en los niños – con esta apertura original, quiere darnos algo que supera cualquier cosa que imaginemos, llenarnos la vida más allá de todas nuestras energías, de toda nuestra capacidad de crear. Es un don Suyo. Por eso nos ha hecho con una desproporción estructural y con un deseo sin fin, ilimitado: para podernos llenar de algo que no podemos fabricar nosotros pero que debemos aceptar, acoger, abrazar como un regalo. Nos ha creado con esta apertura para ponernos en las mejores condiciones, pero sin imponernos nada.

Pero puesto que esta apertura muchas veces decae, como vemos, hace falta una educación. Aquello que en el niño es espontáneo, en el adulto es fruto de una educación, porque sabemos que podemos cerrarnos. Pero cuando vemos esta apertura en una persona adulta es un espectáculo impresionante.

Este encuentro con la Presencia sucede en un lugar. Por eso don Giussani, conociendo nuestra condición, nos dice que el mayor sacrificio es reconocer una Presencia, y esta Presencia para nosotros está en un lugar: el carisma.

Dice André Malraux: «No existe un ideal por el que nos podamos sacrificar, pues de todos conocemos la mentira, nosotros que no sabemos ya lo que es la verdad»²². Entonces la verdadera cuestión es por qué vale la pena hacer el sacrificio. Vale la pena únicamente por una Presencia cuya afirmación coincide con nuestra salvación. Puedes afirmar el “tú” de otro porque ese “tú” te hace ser más tú mismo. Y esto lo puede hacer únicamente el gran Tú.

Nosotros afirmamos la presencia histórica de ese lugar mediante el cual Cristo nos atrae, nos fascina, porque en ese lugar sentimos que se despierta nuestro yo, sentimos que nuestro deseo se cumple, sentimos que nuestra vida aparece con toda su potencialidad. Por eso don Giussani dice: «Si Cristo ha hecho que lo conocieras a través de las circunstancias que representan estos rostros, es a través de estos rostros y de estas circunstancias como te va a cambiar, como hará crecer tu corazón, tu alma y tu cabeza»²³. ¿Y por qué es razonable seguir estos rostros? Solamente por una conveniencia humana, porque ensancha el corazón, el alma y la mente, porque te cambia, porque exalta tu yo de una manera que para ti es imposible; porque exalta tu razón de un

modo tal que tú por ti mismo no serías capaz; porque experimentas la libertad, el afecto, la capacidad crítica y estás presente en la realidad con una consistencia que ves que los demás no tienen, tanto es así que incluso aquéllos que no te conocen se dan cuenta. Nos conviene.

Así se documenta aquello que don Giussani nos ha dicho siempre: el carisma tiene como objetivo mostrar la conveniencia de la fe, la conveniencia del reconocimiento de esta Presencia, la pertinencia de dicha Presencia para las exigencias de la vida. Pero para que esto acontezca, como hemos visto, es necesaria una Presencia irreductible. Y esto, a veces, nos da rabia porque no coincide con nuestras imágenes. ¡Menos mal que no coincide con nuestras imágenes, porque si coincidiese, si se pudiese reducir a nuestras imágenes, nos quedaríamos solos con nuestras imágenes y con nuestra incapacidad! ¡Menos mal que es irreductible, pues de lo contrario la fagocitaríamos, la haríamos nuestra! De hecho, solamente la alteridad nos puede conducir a aquello que no somos capaces de lograr por nosotros mismos.

Por eso, es en la relación con este lugar donde se cumple la verificación de la promesa que uno ha intuido cuando lo encontró. Fue en la relación con él donde los discípulos verificaron el cumplimiento de aquella promesa que habían intuido el primer día. Y como decía ayer uno de vosotros, muchas veces uno se introduce en la realidad con las propias imágenes; entonces uno debe verificar lo que sucede entrando en la realidad con las propias imágenes o entrando con la alteridad de esta Presencia irreductible que genera nuestro movimiento. Porque – como vemos – nuestra tentación es precisamente la de reducir todo a una imagen: la novia, los padres, los compañeros. Por tanto, ¿por qué no intentar reducir también a Cristo? En cambio, sólo Su irreductibilidad nos puede liberar de nuestras imágenes. Por eso es importante que nos demos cuenta de que esta irreductibilidad, de la que intentamos defendernos porque nos irrita – digámoslo así –, nos conviene. Esta irreductibilidad, aunque nos irrite, nos conviene; uno puede decir: «Os odio», pero no puede dejar de reconocer: «Aunque os odio quiero estar con vosotros» (y esto demuestra, una vez más, que no es automático). La lucha entre la irreductibilidad del Misterio revelado y nuestro intento de fagocitar Su presencia: ésta es la lucha que Cristo ha introducido en la historia, amigos. Por eso lo que intenta el poder es eliminar esta irreductibilidad, reduciendo el cristianismo a valores o pensamientos. De hecho, si se extirpa dicha irreductibilidad nos quedamos solos con nuestras imágenes, con nuestra incapacidad.

No penséis que el Misterio haya elegido este método – hacerse carne – por casualidad: éste es el signo de Su ternura y de Su pasión hacia cada uno de nosotros.

Ésta es la forma en que podemos conocer cada vez más a Cristo, entrar en la familiaridad con Él a través de los hechos que documentan quién es Él, qué tipo de sujeto humano genera, que clase de libertad nos da, qué consistencia trae a nuestras vidas.

Entonces, uno se pega cada vez más a Jesús, no para ser más pío, sino por la gratitud que emerge de lo más profundo de las entrañas, viendo qué experiencia de novedad humana del vivir recibe como don Suyo. Así podemos responder con objetividad a la pregunta: «Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?». Podemos responder de acuerdo a lo que hemos experimentado, no según nuestras imágenes o según lo que el poder nos dice. Sólo en el presente puedo hacer la experiencia que me permite responder: «Ahora Te conozco, pero no de oídas, sino por aquello que mis ojos han visto».

Por eso la memoria no es sólo el recuerdo de algo del pasado (porque ningún pasado puede por sí mismo actuar eficazmente): es un origen continuamente presente. ¿Y en qué veo que el origen está presente? En los hechos del presente. Es memoria de la presencia del Señor.

El Papa durante la Misa por Manuela en el Vaticano dijo: «Esta memoria del Creador no es sólo memoria de algo del pasado, porque su origen está presente, es memoria de la presencia del Señor; también es memoria del futuro»²⁴. ¡Son frases que hay que aprender de memoria! La memoria de la presencia del Señor, que nos cambia, nos convierte a la vez en presencia, nos hace diferentes en la forma de vivir las cosas de todos, de vivir la vida de todos (el estudio, la relación afectiva, los juegos, el trabajo, el tiempo libre). No se trata únicamente de hacer otras cosas: es ésta diferencia la que nos convierte verdaderamente en una presencia, y la gente atenta se da cuenta de ello, no porque haga cosas deslumbrantes sino por esta consistencia, por esta capacidad crítica, por el modo de interesarse, de ayudar, de querer.

Termino recordando un pasaje conmovedor de don Giussani relativo a Juan y Andrés: «Pensad, ¡nosotros nos hemos movido por aquellos dos! Por aquellos dos que Le han mirado mientras hablaba, que Le miraban hablar con sencillez, humildad, ingenuidad de corazón, por aquellos dos nos hemos movido; ¡aquellos dos han movido nuestras vidas y todavía las mueven! Y si el mundo durase cincuenta mil años más, otros se moverían como nosotros, mucho o poco, no importa»²⁵. Todos nos hemos movido porque Juan y Andrés se movieron, así el cristianismo ha llegado a nosotros. Por eso el método es el mismo: como nosotros nos hemos movido por aquellos dos, otros se moverán si nos movemos nosotros. No hay otro método, no hay otra lógica.

Responder a esta gracia, a este don: éste es el bien del mundo. Todos nosotros tenemos la prueba documentada de muchos hechos que constituyen

este bien para el mundo. Si uno se mueve puede llegar a otros. Por eso pedimos, pedimos junto con toda la Iglesia: «Ven Señor Jesús, durante este tiempo de Adviento, y danos Tu gracia a fin de que podamos movernos como aquellos dos». ■

¹ Se hace referencia al Meeting de El Cairo, que tuvo lugar del 28 al 29 de octubre de 2010.

² Hb 12, 1-2.

³ Benedicto XVI, Mensaje con ocasión de las Exequias de Manuela Camagni, *Memoires Domini* de la Familia Pontificia (29 de noviembre de 2010).

⁴ L. Giussani, Ejercicios Espirituales de la Fraternidad de Comunión y Liberación, Rimini, 1987, *pro manuscripto*, pp. 14-15.

⁵ A. Bagnasco, «Educazione patrimonio necessario per il Paese», en *Avvenire*, 9 de noviembre de 2010, p. 5.

⁶ Cfr. «Informe anual del CENSIS», en *Corriere.it*, 3 de diciembre de 2010.

⁷ L. Giussani, *El yo, el poder y las obras*, Ed. Encuentro, Madrid 2000, p. 154.

⁸ Cfr. «Informe anual del CENSIS», en *Corriere.it*, 3 de diciembre de 2010.

⁹ L. Giussani, *Toda la tierra desea Tu rostro*, San Pablo, Madrid 2000, p. 184.

¹⁰ Benedicto XVI, Vigilia de Oración por la Beatificación del Cardenal John Henry Newman en Hyde Park, Londres, 18 de septiembre de 2010.

¹¹ Rm 7, 24.

¹² Is 49, 14-16.

¹³ L. Giussani – S. Alberto – J. Prades, *Crear huellas en la historia del mundo*, Ed. Encuentro, Madrid 1999, p. 21.

¹⁴ L. Giussani, *L'io rinasce in un incontro* (1986-1987), BUR, Milán 2010, p. 44.

¹⁵ L. Giussani, *¿Se puede vivir así?*, Ed. Encuentro, Madrid 1996, p. 225.

¹⁶ *Ibidem*, p. 199.

¹⁷ *Ibidem*, p. 200.

¹⁸ L. Giussani, *L'io rinasce in un incontro* (1986-1987), op. cit., p. 45.

¹⁹ *Ibidem*, p. 46.

²⁰ Lc 10, 23-24.

²¹ L. Giussani, «El tiempo apremia», Ejercicios de la Fraternidad de Comunión y Liberación, Suplemento de *Litterae Communionis* n.7, Madrid 1994, p. 22.

²² A. Malraux, *La tentación de Occidente*, Bernard Grasset, Paris 1926, p. 216 (« Il n'est pas d'idéal auquel nous puissons nous sacrifier, car de tous nous connaissons les mensonges, nous qui ne savons point ce qu'est la vérité »).

²³ L. Giussani, *¿Se puede vivir así?*, op. cit., p. 284.

²⁴ Benedicto XVI, Santa Misa en sufragio por Manuela Camagni, 2 de diciembre de 2010.

²⁵ L. Giussani, «El tiempo apremia», op. cit., pp. 22-23.